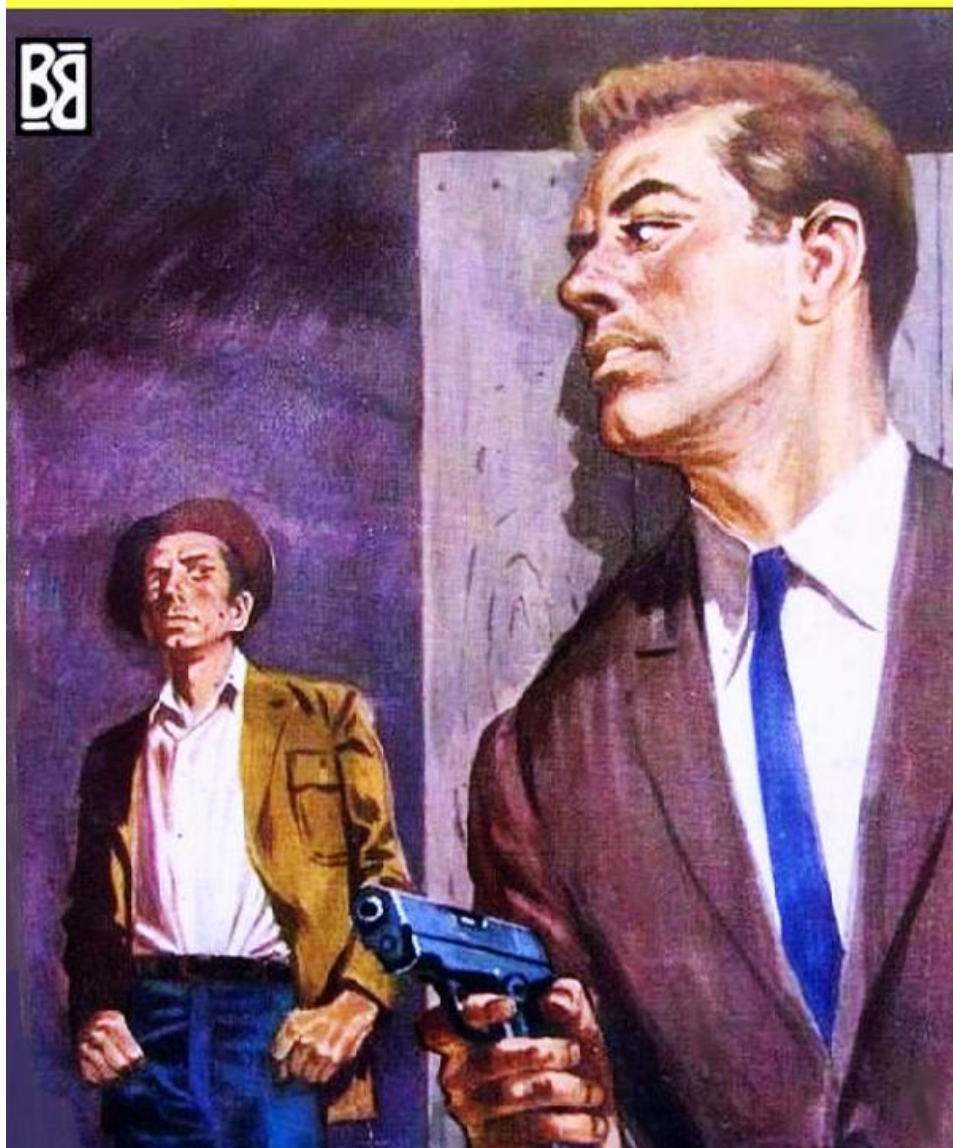


PUNTO
ROJO

la "omerta"

frank caudett

B&B



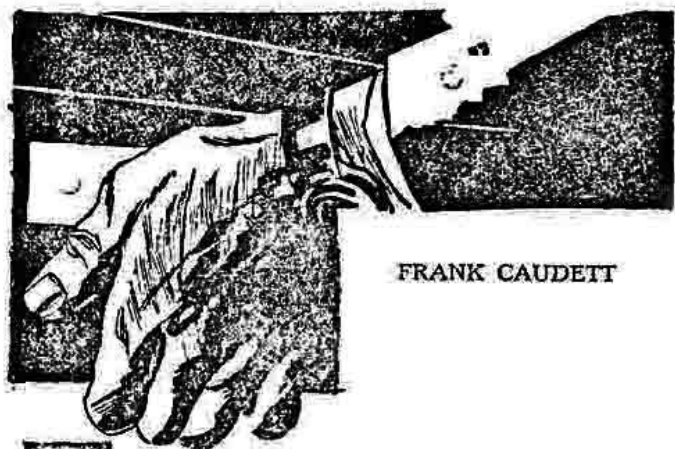
LA «OMERTA»

SANDRA
CAPEZIO

RICHARD MAINE



CARLO
GENOVESE

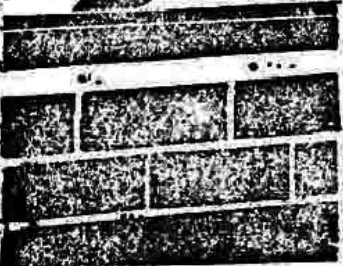


FRANK CAUDET



LA «OMERTA»

Colección PUNTO ROJO n.º 236
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25.540 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre - 1966

© FRANK CAUDET - 1966

sobre el texto literario

© JAIME PROVENSAL - 1966

sobre la cubierta

© COSTA Y ORTEGA - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

220 — Epitafios sangrientos.

222 — Filatelia mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

846 — El «Conde».

La Mafia —Sociedad de la Mano Negra— es una conspiración secreta contra la Ley y el orden, que elimina ilegalmente a cualquiera que se entrometa en el camino de sus criminales empresas. Destruye a todo aquel que traiciona sus secretos. Usa de todos los medios a su alcance —influencia política, soborno, intimidación, cohecho—, para derrotar cualquier intento por parte de la Justicia para derribar a sus figuras centrales o interferir en sus operaciones.

Un Gran Jurado de Nueva Orleáns mencionó a la Mafia por su nombre en 1890, después de que su jefe de policía hubo sido asesinado por el mundo del hampa. Este Gran Jurado comprobó que ningún italiano quería hablar.

La Mafia nunca ha sido un mito ni tampoco el fruto de la fantástica imaginación de novelista alguno. Sí una organización poderosa, un pulpo gigantesco de criminales tentáculos, importada a Estados Unidos —y extendida a otras partes del mundo— por inmigrantes italianos.

Hoy, como en los trágicos años en que la corrupción y el crimen dominaban ciudades enteras, al igual que cuando asesinato, soborno y extorsión, eran fortalezas inexpugnables, barrera poco menos que infranqueable para los esforzados defensores de la Ley, personas con autoridad siguen mencionando a la Mafia cuando se alude a operaciones criminales en gran escala.

Y como entonces, aunque parezca increíble, el código siciliano de la «OMERTA» —silencio hasta más allá de la muerte—, sigue siendo precepto rígido e inalterable dentro de una sociedad siniestra, donde aquel que habla o traiciona, MUERE.

El Autor.

SENTENCIAS DE LA MANO NEGRA

Angelo Santora, sonrió. Como si acabara de oír el chiste más gracioso de toda su vida.

Miró al teniente Harrison con mezcla de ironía y desprecio.

—Y... ¿de qué se me acusa? —inquirió, sin dejar de sonreír.

Alan Harrison, de la Brigada de Homicidios, torció la boca en un rictus nada agradable. Frotó las narices del italiano con la orden de arresto.

Exclamó:

—Una bagatela, querido Angelo —el tono de su voz era réplica adecuada a la ironía de Santora—. Momentáneamente, sólo de asesinato. Lo que los de la Mafia llamáis, el «coup de grace». ¿No se lo diste tú a Caliguri? Silencio más allá de la muerte, ¿eh?

Santora unió sus mofletudas manos como si fuera a entonar una oración.

—No sé de qué medios se habrá servido para obtener ese papel, pero sí que no dispone de una sola prueba que le permita retenerme por más de doce horas en comisaría. Será cómico ver cómo mi abogado le cepilla las fauces con un hermoso mandamiento de «*habeas corpus*». ¿Nos vamos, teniente?

Dos agentes uniformados iniciaron el desfile delante de Harrison y Santora. Asomaron a la puerta de la calle escudriñando de un lado para otro.

Uno de los hombres uniformados hizo un gesto de conformidad y asentimiento.

Salieron a la calle en dirección al coche celular.

En la esquina derecha, un auto que estaba detenido, pero con el motor en marcha, se puso bruscamente en movimiento.

Acelerando desde el primer instante.

Algo más de diez pasos les separaban del celular, cuando el potente rugir del motor les hizo volver la cabeza.

Angelo Santora comprendió de inmediato. Antes que nadie lo intuyera. Por ello lanzó un grito de advertencia:

—¡Cuidado! ¡El auto negro!

No deseaba salvar la vida de sus captores ni mucho menos. Pero sí la suya. Y era obvio que los del auto negro venían a por él.

El teniente lo había dicho: «Omerta». Silencio hasta más allá de la muerte.

De nada sirvió su aviso.

Imprevisto. Muy rápido todo. Sin tiempo material para reaccionar con posibilidades de éxito.

Ya estaba a su altura. Asomando por la ventanilla el cañón de una metralleta.

El tableteo se alzó siniestramente por encima del motor.

Una auténtica granizada de plomo partió del negro orificio escupiendo los proyectiles en abanico.

—¡Al suelo! —bramó Harrison.

Los agentes que iban delante no atendieron la conminatoria orden. Ni tan siquiera llegó a sus oídos.

Viéronse envueltos en aquel alud de rabioso fuego, en aquel saludo de muerte que partió en dos sus cuerpos, materialmente acribillados.

Santora intentó correr.

—¡Estúpido! —se desgañitó el teniente, que rodaba por el suelo hurtándose a la trayectoria de las balas.

La carrera del italiano fue corta.

El auto lo rebasó antes de cinco segundos, y la metralleta, entonando de nuevo su agorera salmodia, lo convirtió en un surtidor de sangre.

Los escasos viandantes, sorprendidos y atemorizados, corrieron a refugiarse en los huecos de las puertas.

El automóvil soltó la última ráfaga sobre un Santora bañado en sangre que se contorsionaba trágicamente en brazos de la muerte.

Jamás había experimentado Alan Harrison un sentimiento de ira y rabia como el que le invadía.

Quizá por ello, en un temerario alarde de valor, brincó del suelo y apuntó en fracciones de segundo sobre las ruedas traseras del

vehículo cuando se disponía a tomar la curva.

Dos veces oprimió el gatillo.

Y al unísono, una exclamación de júbilo brotó de labios del policía.

Ironías del destino ya que, de haber fallado, hubiese salvado su vida.

El auto, impulsado a velocidad suicida, no pudo ser dominado por el conductor al estallar el neumático...

Dio un patinazo, viró en redondo, cruzó la calzada, y se precipitó contra una farola que se derrumbó con estrépito ante la fuerza del topetazo.

Al momento se abrió la portezuela. Con el rostro ensangrentado, un tipo saltó a la calle metralleta en mano.

Harrison, en pie, sin buscar cobijo, no le dio tiempo a usarla. Apretó de nuevo el gatillo viendo caer al gánster como segado por un rayo.

Dos tipos más salieron del vehículo. El primero levantó las manos, soltó la pistola, se revolcó en tierra con el estómago agujereado.

Pero Harrison había gastado en él su último proyectil.

Sólo dudó unos segundos entre reponer el «peine» o correr hacia algún punto que le brindara protección.

Duda fatal. Porque el tercero de los *killers* tuvo en él un blanco perfecto. Disparó a placer, con expresión homicida reflejada en sus ojos crueles.

Vio cómo Harrison saltaba en el aire girando cual una peonza.

Un grito de feroz alegría escapó de su garganta cuando lo vio tendido en el suelo.

Luego, disparando a diestro y siniestro para espantar cualquier posible perseguidor, inició veloz huida.

La mujer de azabaches cabellos y busto desafiante se desperezó agitando las bronceadas piernas en el aire.

Donald Foster, tendido a su lado, la observó en silencio. Sin dejar de fumar y sin dejar de dar recreo a sus ojos en la contemplación de la figura.

La ondulante cabellera se esparcía descuidada en la cabecera. Los ojos grandes, verdes como esmeraldas, miraban al hombre a intervalos.

—Me pregunto por qué estás conmigo —dijo en un susurro.

—Porque te quiero —respondió él.

Marta saltó de la cama con los ojos encendidos.

—¡Mientes! —gritó.

Viéndola así, reclinada contra la pared, cruzados los brazos sobre el busto, ladeada la cabeza con peligrosa expresión, abandonadas las caderas bajo el blanco deshabillé, no ofrecía nada mejor que cualquier mujerzuela de Harlem.

Todo en ella era vulgar obscenidad. Pese a la innegable hermosura de sus sensuales encantos.

Sí, había mentido. Lo hacía desde mucho tiempo atrás.

—Estás conmigo —siguió Marta en tono áspero—, porque soy amiga de Vito Profaci y tú eres un federal y agente del F.B.I., que te has servido de mí para llegar hasta él. ¡Anda, di que no es verdad!

Lo era. Pero Foster no pensaba en eso. Había algo más importante, ¿cómo conocía ella su verdadera identidad?

Saltó a su vez del catre.

—¿Quién te ha contado semejante estupidez?

Una sonrisa perversa, curvó los impúdicos labios. Había en ella mezcla de odio, desprecio, y una oculta satisfacción.

—Vito Profaci —respondió, separadas las piernas y los brazos en jarras—. Él mismo me las ha «cantado». ¿Lo habías tomado por un imbécil?

Donald Foster empezó a alarmarse. La sorpresa se hacía mayor por inesperada.

—Eres una golfa embustera —arguyó, en el único tono que podía emplearse con las mujeres como Marta—. Vito conoce perfectamente mis antecedentes y sabe por qué puede confiar en mí.

—¡Imbécil! —rugió ella, enfurecida—. Sospeché de ti desde el primer momento... y te dio cuerda para que te ahorcaras. ¿Imaginas que hubiera permitido nuestra intimidad sin un fin premeditado? Te hubiese cosido a tiros en el mismo instante que intentaras ponerme los ojos encima.

El cerebro de federal empezó a intuir algo.

—Tú, nadie más que tú —prosiguió excitada—, fuiste con el «soplo» a tus amigos de la «bofia» para que le echaran el guante a Santora. Y no has hecho lo mismo con los demás porque aún no sabes lo suficiente. Lo que verdaderamente te interesa.

Hubo un silencio. Y acto seguido, una voz nueva anunció:

—Ni lo sabrá.

Sólo tres palabras. Y por simples demasiado expresivas. En un tono suave que velaba una clara amenaza.

Donald Foster giró la cabeza en redondo.

Vio en el umbral de la puerta la indolente figura de Tony Moretti. El siniestro ejecutor de Profaci. Su mano derecha y asesina.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió, mucho más sereno de lo que, en tales circunstancias, se hubiese esperado.

—Esperando para matarte, cochino traidor.

Si alguna duda le restaba, acababa de desvanecerse.

Dirigió sus ojos hacia la mesita de noche. Allí estaba su automática. Demasiado lejos. El más ligero ademán de lanzarse por ella daría opción a Moretti de acribillarlo por la espalda.

—¿Quién nos ha llenado la cabeza con esas tonterías, no? —preguntó el italiano al agente, como si lo hiciera a sí mismo—. Eso ibas a decir, ¿eh? Es inútil que trates de ganar tiempo. Sabemos quién eres desde el primer día que te acercaste a esa...

—¡Tony, no consiento...!

—¡Cierra el pico!

Quizá Donald pensó que aquellos segundos eran valiosos. Que la discusión iniciada entre ellos le brindaba una oportunidad. Remota, pero...

Y llegó hasta su pistola. La empuñó.

Pero Tony Moretti, perfecto conocedor de su oficio, lo había previsto todo.

Apretó el gatillo de su pistola tres veces consecutivas. Esculpida en sus labios una mueca de retorcida satisfacción, brillando en sus ojos negros una expresión sádica, cruel.

—¡Muere! Así debéis morir todos.

Un cuarto proyectil hizo impacto en la cabeza del federal, caído ya en tierra, revolcándose con las manos en el vientre entre estertores agónicos.

—Creí que no llegabas —dijo Marta.

Tony se volvió hacia ella. Se le acercó con medidos pasos.

—Claro que tenía que venir, prenda.

Algo extraño vibró en el fondo de aquellas palabras. Marta abrió los ojos y le miró con cierto recelo.

Seguía acercándose.

—¡No intentes tocarme!

Se lanzó sobre él, jadeando, profiriendo sucias amenazas, con las uñas en ristre y buscando sus ojos.

Tony la esquivó, soltando una risotada soez.

—Vito me ha dicho que te mate.

Con una mueca de estupefacción dibujada en su enrojecido rostro, Marta dejó caer las extendidas manos.

Sus ojos, estrábicos, vagaron de un lado a otro. ¿Qué había oído?

—¡¡No!! —exclamó al fin, volviendo en sí misma—. ¡Tony por favor, no me mates! —suplicaba, lloraba, se mordía los labios—. ¡No me mates!

—¡Oh, pequeña! —se burló cruelmente—. Me enterneces. Pero tú sabes que Tony debe cumplir lo que Vito ordena... entonces, debo matarte.

Era un recreo morboso. Propio de un ser sin escrúpulos, sin sentimientos humanos.

Sin otro instinto que el de matar.

—Es la «omertá», pequeña. Tú ya sabes, silencio hasta más allá de la muerte.

Tony alzó el cañón de la pistola.

La última reacción de Marta fue saltar en busca de la muerte.

Porque entre ella y el hombre, se interpusieron dos proyectiles. Uno se le clavó en la frente, el otro en la garganta. Cayó al suelo fulminada.

Al instante, un nuevo personaje apareció en escena. Vito Profaci. Que dijo:

—Perfecto, Tony. Nadie interferirá ya los designios de la Mafia.

CAPÍTULO PRIMERO

—La Mafia... ¿todavía?

—Sí. Nunca se la extermina por completo. Es como un inmenso volcán, apagado en apariencia, que cuando entra en erupción, en lugar de materias incandescentes, arroja sangre y cadáveres.

El que había preguntado se llamaba Richard Maine. Agente especial del Federal Bureau of Investigation, que llevaba dos semanas escasas fuera de la Academia de Quántico.

Muchacho de elevada estatura, fornido, de pelirrojos cabellos, aspecto jovial y mirada inteligente.

La respuesta había nacido en labios de Charlie Adams, hombre de sienes plateadas, reposados ademanes, ojos de expresión serena, y segundo de a bordo en la nave de Edgar Hoover.

—Y, por lo visto, ha entrado en erupción, ¿no? —insistió el agente. Y antes de que su superior llegara a responder, añadió—: No me explico lo que, en una época como la actual, puede perseguir o pretender esa organización.

—Lo de siempre —sentenció su interlocutor—. Y siempre es peligrosa.

Se hizo un corto lapso de silencio que la voz de Charlie Adams se encargó de truncar:

—He dispuesto de años —anunció—, casi de medio siglo, para estudiar el desarrollo y evoluciones de la Mafia en nuestro país. Ignacio Saietta, apodado «Lobo», fue el mafioso más preponderante después de la Primera Guerra Mundial. Su reinado se eclipsó en el momento que lo condenaron a treinta años por falsificación de moneda. Giuseppe «Joe el Jefe» Maseria, le sucedió en el trono de la Mafia. En 1931 se produjo la primera escisión, y Maseria, en el transcurso de una cena que le ofrecieron en un restaurante italiano

de Coney Island, fue asesinado por los «gatilleros» de Luciano.

—«Lucky», Luciano... —interrumpió el joven agente—, ¿no murió hace dos años en el aeropuerto de Nápoles a consecuencia de un ataque cardíaco?

Charlie Adams sonrió con algo de escepticismo.

—Las versiones oficiales, Maine —dijo, mirando al muchacho con fijeza—, no siempre responden a la realidad. A Charles Salvatore Lucania, conocido en el imperio del crimen por «Lucky» Luciano, le levantaron la tapa de los sesos. El 9 de febrero de 1946 fue deportado a Italia por extranjero indeseable, y desde entonces, con Igeria Lissouri su amante, huyó de una capital europea a otra.

—¿Huyó...?

—Sus compañeros le consideraban un peligro, un traidor. Y al fin, consiguieron «cazarle» en Nápoles.

—¿Quién le sucedió?

—El que durante mucho tiempo había sido su mano derecha: Albert Anastasia. Era el enlace reconocido entre los traficantes de drogas del exterior y de Estados Unidos. En 1946, a raíz de la expulsión de Luciano, se convirtió en el «Alto Ejecutor» del llamado «Murder Inc.» o Corporación del Asesinato. En 1957 se produjo la segunda escisión. Los mafiosos consideraron que Anastasia estaba «caducado», se volvieron contra sus proyectos, y terminaron por coserle a tiros en la barbería de un hotel de Manhattan.

Richard Maine escuchaba atentamente las explicaciones del «segundo». Con un brillo mezcla de interés y admiración reflejado en el azul de sus pupilas.

Quizá por ser un novato, puede que por ser muy joven, veía en Charlie Adams la imagen perfecta de lo que él deseaba ser. Una institución sobria dentro de otra institución.

Un espejo en el que mirarse para un futuro aún lejano.

Adams se mantuvo unos instantes en silencio. Adivinando, o sólo intuyendo, los pensamientos que surcaban el cerebro de la joven promesa del F.B.I.

—El asesinato de Anastasia —dijo al fin con una sonrisa de ánimo—, obligó a una reunión de todas las figuras centrales para proceder a la reestructuración de los lineamientos de la Mafia. Sucedió dos meses después de la muerte de Albert Anastasia, en noviembre de 1957. Un tal Joseph Barbara, comerciante de cerveza

y bebidas ligeras, recibió en su hacienda de Apalachín —al sur del Estado de Nueva York—, la visita de más de sesenta y tres personajes, los cuales, ostensiblemente, habían ido allí para interesarse por su salud. Entre ellos, Carlo Genovese, conocido por el «supervisor internacional».

Richard Maine, en un alarde un tanto infantil, quiso demostrar a su superior que no estaba lo desconectado que su reciente nombramiento pudiera hacer suponer, con respecto a los problemas del F.B.I.

—Recuerdo algo de eso —habló complacido, pero sin jactancia—. Hubo confidencias, ¿no? Se rodeó la hacienda, se bloquearon las carreteras y se logró capturar a la mayoría de los visitantes. ¿Es así?

—En efecto. Un Tribunal acusó a veinte de ellos con el cargo de conspiración al obstruir a la Justicia mediante un complot para ocultar el verdadero propósito de la reunión. Todos fueron sentenciados en enero de 1960 con condenas de cinco a siete años de prisión. En apariencia, la Mafia quedaba completamente desarticulada.

—¿Qué hizo suponer lo contrario?

Hubo una pausa, en cuyo transcurso Charlie Adams pareció meditar su respuesta.

—Lo de costumbre —contestó al término del silencio—, tráfico de estupefacientes. Pero esta vez, la operación se realizaba de una manera distinta. Las drogas no se distribuían a los «adictos» por medio de *cabarets*, *night-clubs*, ni los clásicos «fumaderos» clandestinos.

—¿Cómo lo hacían, entonces?

—Es algo que no hemos conseguido averiguar. Nuestra intervención en el caso se inició como consecuencia de varias muertes, al parecer por envenenamiento, cuyo posterior examen forense reveló como causa el haber ingerido xantalina —uno de los alcaloides que forman la composición básica del opio—, diluida en una sustancia tóxica. Los efectos de la infusión eran idénticos a los del opio, producían al «adicto» las mismas sensaciones, pero le causaban la muerte con mayor rapidez.

Las facciones de Charlie Adams se contrajeron en cuestión de segundos. Su aspecto bondadoso se trocó en mueca de gravedad, de contundencia.

Hasta el tono de su voz enronqueció, al añadir:

—Donald Foster, nuestro mejor experto, se hizo cargo del asunto. Tomó Nueva York como punto de partida en sus investigaciones, puesto que las muertes habían ocurrido en aquella ciudad. Ignoro los medios por él empleados, pero en corto espacio de tiempo, logró introducirse en la organización. Al parecer, una tal Marta, «amiga» de Vito Profaci, cabeza visible de la «rejuvenecida» Mafia, sirvió de instrumento inconsciente a sus propósitos.

Se abrió un denso silencio, agobiante en verdad. Luego:

—Foster fue asesinado hace dos semanas en el apartamento de Marta. Y ella, no corrió mejor suerte.

Acto seguido, Charlie Adams, expuso con todo detalle los hechos relacionados con el crimen perpetrado en la persona del agente especial.

Al término del relato, Richard Maine, con expresión preocupada, fruncido el entrecejo, indagó:

—Hay algo que no comprendo. Si Foster estaba al corriente de que el asesinato de Caliguri obedecía a una sentencia de la Mafia ejecutada por Angelo Santora, ¿para qué acudió a Harrison?

—Tiene su explicación. Foster sabía todo eso, sí. Pero carecía de evidencias que le permitieran demostrar que la muerte de Caliguri y el asunto de las drogas tenían un nexo de unión. En consecuencia, el crimen escapaba al ámbito federal. Correspondía a la Brigada de Homicidios realizar las investigaciones pertinentes.

El bisoño federal nada tuvo que objetar. Pero volvió a la carga con sus preguntas.

—De cuanto me ha dicho, deduzco que Donald Foster no obtuvo pruebas de que Vito Profaci y su organización, fueran los realizadores de ese... llamémosle nuevo sistema de tráfico de drogas. ¿Es así?

—Desgraciadamente, sí. Tenía sospechas que equivalían a certezas, pero no ante un Tribunal. Para evitar que pudiera confirmarlas lo asesinaron.

—¿Y qué se puede hacer ahora?

Por espacio de un largo minuto, Charlie Adams, sometió al agente a un minucioso y detenido estudio. Como si tratara de asegurarse de algo.

Prendió un cigarrillo antes de responder:

—Concluir la labor iniciada por Foster. Usted lo hará.

Richard Maine, abrió mucho los ojos. Y hasta la boca.

Pensó que en verdad, su sorpresa no tenía razón de ser. Lógicamente, si Adams le había hablado con detalle de todo aquel asunto era por...

¿Pero él? Un novato. Su primera misión. ¿Por qué de aquella envergadura? Nada le arredraba. Su juventud le prestaba las fuerzas y energías suficientes, quizá sobradas, para emprender con inusitado ardor cualquier trabajo por difícil que fuera.

Pero desde aquel instante, una cosa sí le preocuparía: la sombra del fracaso. Si Foster, el mejor experto, no había...

La voz del «segundo» rompió el curso de sus meditaciones.

—Leo su pensamiento, Maine —manifestó—. Sus dudas, sus vacilaciones, su sorpresa y su alegría. Todo está reflejado claramente en su rostro. Se pregunta por qué le he elegido a usted, ¿no?

Asintió en silencio:

—También tiene su explicación. Porque no tiene historia, todavía, en el álbum del F.B.I., porque es uno más. Un agente recién salido de Quántico a quien todos ignoran. Exactamente el hombre que yo necesito para desarrollar mi plan; el plan que ha de destrozarse a esa nueva organización.

—Pero yo, señor. Creo...

Charlie Adams, con ademán enérgico y gesto resuelto, rechazó lo que pudieran ser tímidas objeciones.

Sin más preámbulos, fue directo al «grano».

—No crea nada, Maine —ordenó severo. Y prosiguió—: Cuanto le he expuesto en un principio sobre la Mafia, no lo tome como simple recopilación burocrática, ni por rarezas de viejo meticoloso y chiflado. Son datos importantes que usted precisa conocer. Y tengo algo que añadir.

—Le escucho, señor —dijo, muy erguido en la butaca.

—Se supone que la reunión clandestina celebrada en la hacienda de Joseph Barbara, tenía como razón fundamental la de apartar a la Mafia del contrabando o tráfico de drogas. Se dice que así lo manifestó el «supervisor internacional» Carlo Genovese. De ser eso cierto, Genovese, que a estas horas se pudre en presidio, no verá con buenos ojos —porque sus contactos exteriores le tendrán al

corriente de las actividades de los nuevos mafiosos— el «trabajo» de Profaci. He pensado... —se acarició la barbilla—, en desencadenar una guerra entre ellos...

—Con Genovese en presidio, ¿cómo, señor?

—Ayudándole a que se fugue.

Richard Maine nada dijo. Pero su expresión fue mucho más elocuente que si hubiera soltado cien frases de asombro.

—Ahí empezará su labor, Maine —acabó de sorprenderle Adams—. Escuche con atención.

Richard Maine, agente especial del F.B.I. volcó materialmente el torso sobre la mesa de su superior.

Durante más de una hora, escuchó con evidente atención, con manifiesto interés las explicaciones de Charlie Adams.

Ni el más insignificante gesto del «segundo» le pasó por alto.

—Todo está dispuesto, Maine. Sólo tiene que estudiar su papel poniendo en ello los cinco sentidos, luego, tendrá que obrar como dicten las circunstancias. No olvide que deberá comunicarme periódicamente su paradero, situación, y progresos si los hay.

—Los habrá, señor.

Cuando Richard Maine hubo abandonado la oficina del hombre a quien los veteranos del Bureau of Investigation, apodaban la «eminencia gris», Charlie Adams mantuvo sus ojos fijos en la puerta por la que acababa de desaparecer el agente, durante largo rato.

Pensando en la ardua tarea encomendada a un neófito en aquellas lides. A un hombre que, dentro de la organización no sabía tan siquiera andar a gatas.

Pero aquel muchacho de rubios cabellos y rostro cubierto de pecas le inspiraba confianza.

No sabía el porqué, desde luego. Pero bastaba con la corazonada.

Por eso le había elegido entre todos los de su promoción.

¿Confirmarían los hechos su presentimiento?

Incógnita a largo plazo.

CAPÍTULO II

La mayor parte de los reclusos recorrían el patio de un extremo a otro en largas y rápidas zancadas.

Una actitud muy típica y peculiar de los presos.

En aquella hora de recreo trataban de desentumecer los músculos anquilosados en el estrecho reducto de la celda en donde permanecían el resto del tiempo.

Algunos formaban corros charlando, discutiendo, o gesticulando acaloradamente.

También se hacía necesario hablar. No tendrían otra oportunidad en todo el día. Hasta el siguiente, claro.

Había uno distinto a todos. Ni paseaba, ni se agrupaba alrededor de ningún corro.

Permanecía de pie, junto a uno de los rincones, con las manos hundidas en los bolsillos del mono, la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos fijos en la puntera de sus deslucidas alpargatas.

Así llevaba cerca de media hora.

Lentamente, alguien se le acercó.

—¡Eh, solitario! —exclamó al llegar a su lado—. Eres nuevo aquí, ¿no? ¿Qué te has «comido»^[1]tú?

Y como transcurría el tiempo sin que el otro abriera la boca, insistió con cierta violencia:

—¿No me has oído? Cuando pregunto quiero que me respondan. ¿Lo has entendido, nene?

El pelirrojo alzó la cabera con peligrosa lentitud. Escrutó detenidamente el rostro que tenía cerca del suyo.

Nada agradable, desde luego.

Tenía las cejas muy pobladas, demasiado juntos los pequeños ojillos cuyas pupilas animaban un brillo maligno. La boca, de labios

rectos y delgados, resultaba cruel. Un gesto de ferocidad contraía el agudo perfil de su cara. Como una alimaña venenosa. Como un ave de rapiña.

—Escúchame bien, gran tipo —habló al fin el muchacho, poco impresionado por la actitud del otro—. Si eres el «chulo» de la «empresa», atiende un consejo saludable: Déjame tranquilo. Si no, te «marcaré» esa cara de hiena que tienes. Vamos, ¡lárgate!

El «gran tipo» levantó el puño en agresivo ademán.

—¿Amenazas a mí, bastardo? ¡Te voy a...!

No pudo terminar la frase. Sintió que una férrea tenaza se cerraba en torno a su muñeca, y en torsión tan brusca como rápida, le subía el brazo a la espalda empujando dolorosamente.

—Te he dicho que me dejes tranquilo, ¡que te largues! Hazlo o te partiré el brazo.

La expresión del pelirrojo era dura y decidida.

—Está bien —admitió, mordiéndose los labios para ahogar cualquier expresión de dolor—. Sí, me largo. Puesto que... te lo tomas así.

Lo soltó, lanzándole hacia adelante.

Se volvió para mirarlo con odio manifiesto. Pero contenido.

—¡Me cobraré esto...!

De repente, la actitud del muchacho cambió radicalmente. Incomprensible, pero se hizo cordial. Incluso modeló da sonrisa.

—¡Oye! —exclamó—. Yo te he visto en alguna parte... seguro. ¿De qué te conozco?

El otro, intrigado, también se mostró amistoso.

—No creo que nos hayamos visto nunca.

—Tú estabas con «Lucky», ¿me equivoco?

El fulano, con visible sorpresa, contrajo el rostro.

—Y tú... ¿cómo lo sabes?

—Me llamo Rico Pennochio, ¿no te recuerda nada ese nombre?

Compuso una mueca que quiso ser sonrisa y no pasó de rictus repulsivo.

—Déjate de rodeos y habla claro.

Rico mostró su desigual dentadura.

—Tranquilo, Genovese —dijo con suficiencia—. No me envía la Mafia a liquidarte. Soy hermano de Tommy Pennochio...

—¡Ya recuerdo! El «Toro», ¿eh, chico?

—Así apodaban a mi hermano. Estuvo con Luciano muchos años. Él le dio el «coup de grace» a Maseria en el restaurante de Coney Island. No te habrás olvidado de eso, ¿verdad?

Carlo Genovese palmeó la espalda de Pennochio con abierta cordialidad.

—¡Quién puede olvidar los viejos tiempos, Rico! —y esbozando otra de sus crueles muecas, inquirió—: ¿Vas a decirme ahora por qué estás aquí?

—Por ayudar a un ciego.

Genovese soltó una risotada.

—¡Eres todo un tipo! Como Tommy, sí, como él. ¡Un chico estupendo! ¿Sueñas la verdad?

—Convicto de asesinato y asalto a mano armada. Estoy en tránsito camino de Alcatraz. No tuve mal abogado, me colocaron treinta años. Pero peor hubiera sido la «cámara», ¿no?

—Y con agallas, sí, señor. Las tienes —se oscureció la truculenta faz al preguntar—: ¿Por qué te dedicaste a esas «vulgaridades»?

—Me pareció el camino más corto para llenarme las manos de «pasta». Ya ves, no salió bien.

Carlo Genovese, en plan de «maestro», de experto conocedor del mundo del asesinato, sentenció:

—Tú vales para mejores empresas. A mí me quedan casi cinco años... ¡y palabra que al salir necesitaré de un tipo como tú! Lástima que...

Se acercó un celador. La hora de paseo se había terminado.

Pero al día siguiente, Carlo y Rico pasearon juntos.

—Háblame de ti, no lo has hecho, Carlo.

Genovese miró al pelirrojo con atención.

—Sí... —murmuró—. Eres de confianza.

Y sin más preámbulos narró su odisea. Algo que Rico Pennochio «debía» ignorar, pero que Richard Maine conocía detalladamente.

—Íbamos a reestructurar la «sociedad» —siguió Carlo—, a preparar una gran operación. Pero fuimos traicionados.

—¿Quién pudo hacerlo?

Los ojos del que fuera «supervisor internacional» de la Mano Negra, oscurecieron en el interior de las órbitas. Encajó las mandíbulas con fuerza. Con ira y odio.

—Un tipo llamado Vito Profaci —soltó rencorosamente—. Uno

que aspiraba al trono que Anastasia dejó vacante. El mismo que ahora rige los destinos de la Mafia con actividades que, nosotros precisamente, queríamos desterrar de una definitiva vez.

—No alcanzo a comprenderte, Carlo.

—Contrabando y distribución de drogas. A eso se dedica Profaci. ¿Te extraña que lo sepa? Hay un tal Albert Scalisi que me es leal. Está introducido entre los pistoleros de Profaci; él me informa. Y al parecer, trabaja con un sistema nuevo, diferente a como se había hecho hasta ahora con los narcóticos.

La sorpresa que se reflejó en el rostro de Rico, fue la más genuina.

—¿Un sistema nuevo? ¿Cuál? ¿Cómo?

—Eso trata de averiguar Scalisi. Todos los traidores temen las traiciones. Profaci no es una excepción. Son contados los que están al corriente del procedimiento.

El guardián que estaba en el centro del patio, gritó:

—¡Genovese! ¡Pennochio! Tenéis visita.

—¡Vaya! —se interrumpió Carlo—. Qué coincidencia, ¿no te parece?

—Sí, desde luego —admitió Rico, pensando en la habilidad de Adams para «fabricar» coincidencias—. Vamos allá.

Escortados por un celador se dirigieron al locutorio...

Era una estancia de amplias proporciones. Dividida en dos partes geométricas por una larga mesa de madera. En uno de los lados se colocaban los presos, al otro, sus visitantes.

En un extremo, elevado sobre una plataforma, montaba vigilancia un carcelero. Su misión consistía en asegurarse de que las visitas no entregaran objeto alguno a los reclusos, ni a la inversa. Las conversaciones, sin embargo, no eran de su incumbencia.

Rico Pennochio, al aparecer en la sala, hubo de hacer un esfuerzo para no prorrumpir en estentóreas carcajadas al percatarse de la caracterización y disfraz empleado por Gerald Laming, compañero suyo de curso.

A Carlo Genovese le había ido a visitar una rubia, bastante pasada, que se movía teatralmente, pintarrajeada hasta la saciedad, con busto escandaloso, de carnes macilentas, y rostro de vulgares facciones.

En otros tiempos, cuando él era alguien, compartían los ratos de

intimidad.

Laming y la rubia, ¡qué nueva coincidencia!, estaban aposentados en sillas vecinas. Genovese y Pennochio, tomaron asiento uno junto al otro, frente a sus respectivos visitantes.

—¿Qué hay «Murciélagos»? —preguntó Rico, por todo saludo.

Gerald Laming, entonces «Murciélagos», dirigió una mirada aviesa (ensayada por lo menos cien veces) hacia el celador.

—No puede oímos —le acució el presidiario—. Suelta ya la lengua, ¡date prisa!

Laming, en tono quedo, pero procurando que sus palabras llegaran con perfecta nitidez a oídos de Genovese, dijo:

—La «operación» está preparada. Para el jueves por la noche... Tienes el «petardo», ¿no?

—¡Naturalmente, imbécil! ¿Qué más?

—Un «Ford» negro te esperará a doscientos metros de la parte posterior de la penitenciaría. El conductor llevará tus ropas, la documentación falsa, y dos mil dólares. Te acompañará a Sherveport, en Lousiana, donde tomarás el avión con rumbo a Nueva York. Una vez allí, campa por las tuyas y buena suerte.

Pennochio, permaneció unos segundos pensativo. Luego, anunció:

—Habrá cambios en el plan, «Murciélagos».

El tipo torció la boca.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —dijo Rico, contundente—. El conductor del auto traerá ropa para dos... Para dos personas... Y dispondrá de dos... Dos pasajes en ese vuelo. ¿Está suficientemente claro?

—Pero... ¿sabes lo que te juegas?

—No acostumbro a admitir consejos ni sugerencias, y tú lo sabes. Haz lo que te he dicho.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió. Y de una manera harto significativa, inquirió—: ¿Va todo bien por ahí dentro?

—Mejor que bien, ¿comprendes?

«Murciélagos», cabeceó en señal de asentimiento.

—El jueves por la noche, a las once —repitió—. Ya sabes, ¿eh?

—Yo lo sé todo —escupió Pennochio por un lado de la boca—. Tú eres quien ha de saber y procurar que nada falte.

—No habrá fallos, Rico. ¡Buena suerte!

El pelirrojo rió secamente.

Coincidiendo con su risita, la rubia soltó una estridente carcajada, y el celador bajó de la plataforma para indicar que el tiempo se había consumido.

Se levantaron los cuatro. Genovese y Pennochio fueron conducidos por el vigilante a sus respectivas celdas sin que entre ellos se cruzase comentario alguno.

Pero al siguiente día, miércoles, cuando salieron al patio Carlo se lanzó decidido en busca del muchacho de las pecas.

—Oye —le habló, pegado a su oído—, no trato de inmiscuirme en tus asuntos, pero lo que escuché ayer en locutorio...

—Poco te atrae la rubia, ¿eh?

Genovese miró a su alrededor.

—¿De veras... —inquirió en un susurro—, vas a fugarte?

Enrico Pennochio observó largamente a su interlocutor. Tras un silencio prolongado, con medidas palabras, rectificó.

—Vamos a fugarnos, amigo Carlo.

Los ojos del italiano se dilataron. Hasta parecieron inmensos.

—No... he oído bien. ¿Repites... eso?

Deletreó cada una de las palabras.

—Pero...

—Creo recordar —le atajó Rico—, que no hace mucho me dijiste que al salir necesitarías de un tipo como yo. Pues vas a salir y vas a tener un tipo como yo. ¡Eh! ¿No tendrás miedo?

Carlo Genovese disparó una risotada soez.

—¡Diablo de muchacho! Miedo, ¿miedo dices? ¿Yo? —bajando de nuevo el tono de voz, quiso saber—: Pero ¿cómo vamos a conseguirlo?

—Tu celda es la dieciocho de la segunda galería, ¿no?, —preguntó sin responder a su interrogación—. Bien, no te preocupes de nada más. Compórtate con naturalidad, ni más alegre ni menos que de costumbre. Mañana, a las diez y media de la noche, estate preparado.

—Correcto.

—Ahora, pasea por ahí. Que no se fijen demasiado en nosotros.

Echaron a andar uno por cada lado.

A la mañana siguiente, la del día señalado, ni tan siquiera cambiaron un saludo al pasar uno junto al otro por el patio.

Como de costumbre, a las once, regresaron todos los reclusos a sus celdas. Y dentro de la más completa normalidad fue transcurriendo el día.

Eran las diez quince de la noche. Los presos dormían ya. Los vigilantes, igual que siempre, efectuaban sus habituales rondas por los pasillos de las galerías.

Reinaban la tranquilidad y el silencio.

—¡Eh, tú —gritó de repente una voz—, pistolero del Estado, ven acá!

El carcelero se acercó a la celda de donde había partido la voz.

—Te voy a enseñar educación, asesino asqueroso.

Le respondió una carcajada.

—¿No llevas pistola? ¿No te paga el Estado? Entonces... ¿eres o no eres un pistolero del Estado? Al menos, yo trabajaba por mi cuenta.

—¿Qué quieres? —preguntó el celador, ignorando la ínfula—. Debías estar acostado.

—No lo estoy porque tengo frío —obtuvo por respuesta—. ¿Puedes traerme otra manta?

—Por tus modales, no la mereces...

A regañadientes, el celador fue a por la manta que pedía el recluso.

Regresó. Metió la llave en la cerradura, echó la manta hacia el interior... y se quedó estupefacto al encontrarse con el azulado cañón de una automática a medio palmo de las narices.

Parecía imposible, inaudito, pero la realidad era inapelable.

—¡Levanta las manos! —ordenó, ominoso, Rico Pennochio—. Pestaña y te frío a tiros.

Pronunció las últimas palabras en tono quedo. Escondiendo en ellas una letal amenaza que cortaba la volición y doblegaba la potencia de los músculos.

No dudó un segundo en obedecer.

—¡Entra! ¡Empieza a desnudarte!

Así lo hizo sin rechistar.

Luego, el preso, con veloz movimiento, le golpeó en la nuca con la culata de su pistola. Lo amarró, haciendo tira de su mono, y enfundóse el uniforme del vigilante.

Salió, cerrando la celda. Seguidamente, con pasmosa sangre fría,

subió a la segunda galería.

Recorrió el corto pasillo con el rostro algo ladeado. Para que el vigilante no pudiera distinguir claramente sus facciones, y como es lógico, le tomara por su compañero.

—Me ha parecido oír voces abajo —dijo aquél al verle venir—, ¿qué ha sucedido?

—El friolero de la veintidós —respondió Rico ahuecando la voz—. Quería otra manta. Oye, ¿me das un cigarro?

El hombre gruñó algo ininteligible a la vez que echaba mano al bolsillo.

—¡Siempre estás igual!

—No, amigo. ¡Hoy estoy diferente! ¡Arriba las zarpas!

Alzó la cabeza. Observó la pistola boquiabierto.

—Pero... ¿quién eres...?

—¡Silencio! Una palabra y... te «liquido».

Se quedó como una estatua. Inmóvil. Sin acabar de digerir la sorpresa.

—Pasa delante de mí y abre la celda dieciocho. No olvides... que al menor movimiento sospechoso te vació los ésos. ¡Andando!

Con perceptible temblor, el vigilante metió la llave en la cerradura y le dio un cuarto de giro.

Carlo Genovese, sonriendo como una fiera, salió de estampida.

—Calma, Carlo —recomendó el pelirrojo. Y mirando al celador, ordenó—: ¡Tú, adentro!

Repitióse la operación efectuada abajo. Pocos minutos después, Genovese era otro «carcelero».

—Ahora, mi amigo —dijo Rico—, tranquilamente hacia abajo. Por la primera galería se sale al botiquín, de él al cuerpo de guardia, y de allí... ¡a la libertad!

—Correcto, muchacho.

En silencio, fueron descendiendo por las escaleras, caminaron por la primera galería, y tras recorrer un breve pasillo, asomaron a la puerta del botiquín.

Rico hizo una seña, y Carlo golpeó sobre la madera.

Asomó, instantes después, un rostro somnoliento.

—¿Qué demonios...?

Recibió una coz en plena boca del estómago. Y al encogerse, un trallazo demoledor sobre la nunca.

La sala llamada cuerpo de guardia, ocupada por los retenes que debían efectuar los correspondientes relevos estaba ligeramente iluminada.

Cuatro hombres dormían, tres jugaban a la baraja.

Se abrió la puerta violentamente.

—¡Las manos al cielo! ¡Las bocas cerradas! ¡Una palabra, un cadáver!

El que repartía los naipes vio cómo se le caían al suelo. Los demás, sin atreverse a respirar contemplaron a los «compañeros» que les estaban encañonando.

—Ahora... —habló nuevamente Rico—, en pie. Y muy despacio, sin un ademán de rebeldía, caminen hacia la pared. ¡Venga, rápido!

—¡De espaldas, de espaldas... a mí! —exclamó Carlo acercándose a los guardianes.

Luego, con sus maneras de fiera sádica, los dejó inconscientes en un santiamén.

Todos, incluso los que dormían —que no tuvieron tiempo material de enterarse de nada—, fueron maniatados.

—Sólo nos falta el que monta guardia en la cancel exterior —dijo el pelirrojo.

Como los demás, fue sorprendido con facilidad y reducido a la impotencia.

—Lo que más lejos de su pensamiento tienen esos tipos es que alguien pueda fugarse, ¿eh, Rico?

Así habló Genovese cuando corrían por el descampado, fuera ya del recinto de la penitenciaría.

Su compañero soltó un gruñido de asentimiento.

—¡Es el trabajo más perfecto que he visto en mi vida! ¡Palabra, muchacho!

—¡Allí está el coche! —exclamó Pennochio con evidente alegría.

Tres horas y media, aproximadamente, invirtieron en el recorrido hasta Sherveport.

Por el camino, Carlo y Rico, sustituyeron sus ropas de celadores por las que les trajera el chofer.

Entraban en las afueras de la ciudad, cuando Rico hizo detener la veloz carrera.

—Falta medio kilómetro para llegar al aeropuerto —objetó el que conducía.

—Lo sé, lo sé, Buck. Pero es mejor que nos quedemos aquí.

Descendieron del vehículo. Rico le dijo a Genovese:

—Ve delante... y avisa al menor síntoma de anormalidad.

El pelirrojo se quedó atrás con el llamado Buck. Anunció:

—Dile al «segundo» que todo se desarrolla conforme lo previsto. Que le hablaré desde Nueva York a la primera oportunidad.

—Perfecto, Richard.

—Y ahora, otro golpe teatral para impresionar al mafioso. Sal con las manos bien levantadas.

Se perdieron por detrás del coche.

Entonces sonaron dos disparos y un grito agónico.

Rico echó a correr. Carlo, se detuvo, volviendo el rostro hacia atrás. Cuando Pennochio estuvo a su lado, preguntó en voz muy baja:

—¿Lo has... «despenado»?

—Sólo los muertos callan. No lo sabes tú, ¿eh, Carlo? Vosotros, los de la Mafia, ¿no le llamáis a esto la «omertá»?

—Sí, muchacho —contestó con dureza—. No me he equivocado contigo... eres todo un tipo.

—¡No tenemos tiempo que perder, Genovese! El avión sale a las tres y cuarto de la madrugada.

Una especie de rugido se engendró en la garganta de Carlo Genovese. Después, con feroz alegría y concentrada odio, exclamó:

—¡Rumbo a Nueva York!

CAPÍTULO III

—Es un negocio «sanísimo», Pietro. Tú eres italiano, ¿no? Y además, comerciante, ¿verdad? Dos poderosas razones para que aceptes colaborar con nosotros. Ya ves que somos generosos, te vendemos a veinte y tú revendes a cuarenta. Mercancía con salida garantizada y un cien por cien de beneficio, ¿qué más se puede pedir?

Tony Moretti, calló. En espera de la respuesta. Al igual que los dos fulanos que estaban con él, escrutaba con fijeza el rostro de Pietro Capezio. Pendiente de sus gestos, atento a sus palabras.

Capezio era un tipo bajo y excesivamente obeso. De ademanes torpes, pobre de espíritu, pusilánime y cobarde por naturaleza.

Se retorció los dedos de sus menudas y rechonchas manos con un nerviosismo que se sentía incapaz de dominar.

Tenía la boca seca, el paladar pastoso, agrio el aliento.

Se humedeció los labios antes de contestar.

—Bien... ¿qué debo hacer?

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Moretti con ironía, golpeándole la espalda—, que un tío inteligente como tú no le volvería la espalda a la «pasta» fácil.

Capezio insistió en la pregunta con acusado temblor. Igual que un disco rayado; con la aguja girando alrededor del mismo surco.

Y eso, a consecuencia del miedo. Por el maldito miedo. Pánico a lo que sucedería, porque él, Pietro Capezio, napolitano, farmacéutico, y sobre todo cobarde, se enfrentaba al ineludible dilema de traicionar.

Sí, de traicionar. A uno... o a otros.

Y otros, era la Mafia.

—¡Sencillo, Pietro, sencillo! —sonrió Moretti—. No tienes más

que comprar diariamente el Daily Mirror.

—¿Un... periódico?

—Exacto. Un periódico gráfico, ameno y estupendo. En él, un día de la semana encontrarás un anuncio, gratuito, ¿eh?, de tu botica. Esa noche, coges la furgoneta y te plantas en el 543 de la 146 Th.

Street, Bronx. ¿Me sigues?

Dejó caer la cabeza pesadamente. Asintiendo.

—Allí se ubica el edificio de la Morgue —continuó Tony—. Te colocarás frente a la puerta trasera, por donde te entregarán tres cajas de un magnífico elixir que, durante las veinticuatro horas siguientes, un puñado de afanosos clientes se disputarán por quitarte de las manos. ¿Has entendido?

Pietro engulló saliva con dificultad.

—Sí, sí, lo comprendo. Eso, ¿cada vez que salga el anuncio?

—Correcto, Pietro. En el transcurso del siguiente día al que aparezca el anuncio. Digamos, el turno que te asigna el «Colegio de Farmacéuticos».

Los tres, iniciaron la retirada. Desde la puerta, Moretti se volvió para decir:

—¡Insisto, eres un tío inteligente! —y en tono significativo, añadió—: Los inteligentes obedecen, se llenan los bolsillos... y mantienen la boca cerrada.

Salieron de la farmacia.

Capezio, sacudido por epilépticos temblores, pasó a la trastienda sacando una botella de la alacena más próxima.

Se incrustó el gollete en la boca echando un trago más que regular.

Su cerebro, convertido en un torbellino de confusas ideas, no pareció aclararse demasiado con la dosis de *whisky*.

Ni tampoco experimentó esa sensación de valor que, según algunos, se encontraba en el alcohol.

Un nombre acudió con fuerza a su memoria: Luigi Caliguri.

Otro italiano. Otro farmacéutico. Uno más a quien la Mafia había sentenciado por hablar.

«... y mantienen la boca cerrada».

Se contorsionó, frotóse las manos una y otra vez, miró de un tirón al teléfono y apartó los ojos velozmente.

También le matarían. Le coserían a tiros como a un perro rabioso. Y él tenía una hija. Su dulce Sandra, su ingenua Sandra... ¿quién cuidaría de ella?

Veintidós hermosos años. Sola en un país extranjero, a merced de aquella nube de crueles asesinos...

¡No, no podía hacerlo! Le diría a Scalisi que él no sabía nada, que no le habían dicho nada, que no le habían obligado a nada.

Al fin y al cabo, Albert Scalisi era también un mafioso. ¿Quién no le aseguraba que se trataba de una trampa?

¿Y si lo mataba Scalisi?

Entonces sonó el teléfono. El repiqueteo del timbre produjo en Capezio igual efecto que un disparo.

Como si una ardiente bala de plomo desgarrase sus carnes.

Con pasos vacilantes se acercó al aparato. Alargó la mano... la encogió, quiso dominar el temblor cada vez más acusado.

Y seguía sonando.

Al fin, como en un desatado alarde de valor, descolgó el auricular.

—¿Di... ga...?

Una voz respondió:

—Los he visto salir, Pietro. ¿Qué te han dicho?

Un instante de silencio. Una vacilación. Un temor latente.

En otro punto de Nueva York, cercano al lugar en donde Pietro Capezio tenía su farmacia, cuatro hombres permanecían atentos a un teléfono y una cinta magnetofónica.

—¿Te das cuenta, Vito? —inquirió uno de ellos—. Ha sido una excelente idea «parchear» la línea de Capezio.

—¡Silencio! —clamó Vito Profaci—. ¡Ya hablan!

«—Oye... Scalisi. ¡No sé nada! ¡No quiero que me maten!, ¿entiendes?

»—No seas estúpido, Pietro. Cuando se cansen, te matarán de todas formas. Ahora, ya sabes demasiado. En el momento que te hayan explotado lo suficiente, seguirás el camino de Caliguri.

»—Y si hablo ahora, me liquidarán igual. ¿Qué garantías tengo de que me protegerás? ¿Quién me garantiza que tú no estás tendiéndome una trampa?

»—¡Maldito cobarde! Te oigo temblar a través del teléfono, percibo el castañeteo de tus dientes, y me imagino como se retuerce

tu puerca naturaleza. ¡Imbécil del diablo!, ¿cómo he de decirte que aunque estoy con ellos no trabajo para ellos?

»—¡Albert!, ¡Scalisi... estoy muerto de miedo! Tengo una hija... ¿y si la matan a ella?

»—¡Yo la mataré... a ella y a ti!, ¿me escuchas? Si esta noche, a las doce, no estás en mi apartamento, tu hija no verá salir el sol mañana.

»—¡Albert! ¡Por Dios! ¡Iré, te lo juro! Pero no lo hagas... ¡no! —sonó un “clic”. Un teléfono había colgado. Pero aún oyeron exclamar a una voz—: ¡No lo hagas! ¡No la mates!

Segundos después, otro «clic».

Ellos también colgaron. Una mano enguantada pulsó un resorte y la cinta dejó de girar.

Vito Profaci, paseó por el sótano, pensativo.

Era alto y muy delgado. Tenía los ojos grises, de penetrante mirada, nariz ligeramente aquilina, y entre ella y los finos labios, lucía un bigote entrecano recortado con esmero. La barbilla afilada, puntiaguda. Y el cabello, rubio paja salpicado por multitud de hebras grises.

Vestía con elegancia. Mejor con atildamiento. Era mimético en todos sus detalles y ademanes. Reposado para hablar.

Nadie que no supiera su nombre, nadie que no conociera sus antecedentes, hubiese formado un juicio duro a través de su «fachada».

Y sin embargo, Vito Profaci era un ser retorcido, ruin, un asesino despiadado que no se detenía ante sangre o crímenes si por una «debilidad» peligraba el logro de sus propósitos.

Tony Moretti, único a quien le permitía ciertas familiaridades, decidió romper el silencio interpelando al jefe:

—Te advertí que Scalisi era un traidor, que había estado con Anastasia, Luciano y Genovese, cuando ellos formaban el triunvirato del «Murder Inc.».

Vito, se revolvió como si acabara de picarle una serpiente.

—¡Y yo te he dicho, que quien manda ahora soy yo! ¡Que la Mafia se llama Vito Profaci! ¡Y yo, sólo yo, doy órdenes aquí!

Moretti hizo que se inhibía con un encogimiento de hombros.

—Hemos ido eliminando a los traidores, a los peligrosos, y a los que podían «cantar», ¿no? —habló de nuevo el jefe, en un tono más

pausado—, Caliguri, Santora, el federal, Marta... ¿no es así, Tony? ¡Contesta!

—Sí, Vito, es así. ¿Y eso, qué importa ahora? Los muertos nunca me han preocupado. Son los vivos, los tipos como Scalisi, quienes me preocupan.

—Pues... si has pensado liquidarlo, te vas a quedar con las ganas. Por el momento, desde luego.

Se miraron unos a otros, sorprendidos. Nino Fachetti, hasta entonces callado, le preguntó a Profaci:

—¿Por qué, Vito? Ese fulano es peligroso...

—¡Basta! ¿Queréis callar de una maldita vez?

Se hizo un silencio de sepulcro.

—Albert Scalisi —anunció Profaci, pasando de la indignación a la calma como lo hubiera hecho el mejor actor—, trabaja para Carlo Genovese. ¿Sabíais eso? Y Genovese tiene alojamiento por cuenta del Estado durante cuatro años largos. Cuanto sepa, o le haga saber Albert, en nada nos perjudica por ahora.

—¿Y si acudieran a los federales? —apuntó Fachetti.

—¡Imbécil! ¿Desde cuándo la Mafia acude a la «bofia» para solventar sus desavenencias y problemas interiores?

El tercero, Mario Trapelli, dejó oír su voz por primera vez:

—¿No lo hiciste tú cuando lo de Apalachín?

El rostro de Vito Profaci se encendió en un segundo. Un fulgor homicida empañó el gris natural de sus ojos.

Saltó junto a Trapelli abofeteándole con violencia. Le sacudió un tremendo mazazo en el plexo, otro en mitad de la boca, levantó la rodilla con precisión contundente y se la clavó en la nuez del cuello.

Mario rodó por el suelo desmadejado.

Cuando el jefe hacía intentos de patearlo, habló Tony:

—¿Vas a ensañarte con él?

Se contuvo a duras penas, dominando sus criminales instintos. Al volverse hacia Moretti, dio la impresión de que también la iba a emprender a golpes.

No es que le faltaran ganas. Pero ante todo, Profaci era inteligente. Y como Tony le convenía, trocó su feroz mueca en pulida sonrisa para decir:

—Sabes... que no me gusta oír hablar de este asunto. Es cosa vieja y saldada. Adviértelo a éstos por su bien, y por el tuyo.

Nino, tras consultar al jefe con la mirada y recibir su aquiescencia, prodigó sus auxilios a Trapelli.

Entretanto lo ayudaba a volver en sí, Profaci se encaró con su «mano derecha».

—Hay que buscarle un sustituto a Capezio —gruñó entre dientes, acompañando las palabras con significativo ademán—. Esta noche, Mario y Nino se encargarán de retener a Scalisi hasta más tarde de las doce. Pietro estará en su apartamento a esa hora, ¿me comprendes?

Tony extendió por su boca aquella mueca sádica que le envidiaban las hienas.

—Sin tú quererlo haces filosofía, ¿y luego?

—Esperas la llegada de Albert. Que este par —señaló tras él, con el pulgar por encima del hombro— le sigan. Le administráis una dosis de fidelidad a los amigos. ¿Alguna duda?

—Soy listo. Dudar sería de torpes.

Pietro Capezio invocó, con igual fervor que cuando era niño, el venerado patrón de su tierra.

Tan grande era el miedo que se introducía por todas sus fibras que hasta llegó a pensar que su vida no le importaba. Que lo hacía por Sandra, por salvar a su hija de una muerte cruel y despiadada.

Cuando se preguntó a sí mismo, si ello era verdad, renunció a la respuesta.

Consultó el reloj de pulsera. Cinco minutos y la manecilla caería sobre las doce.

Apretó el paso caminando por las desiguales baldosas de Myrtle Street hasta detenerse frente al 345.

Era una calleja pestilente y mal alumbrada. Resultaba bastante normal que un individuo como Albert Scalisi tuviese su cubil en un lugar semejante.

Cruzó el angosto portal engullido por la oscuridad reinante en el interior. Los peldaños chirriaron bajo las onzas del farmacéutico.

Alcanzó el rellano, encomendándose una vez más al santo patrón, y golpeó con los nudillos sobre la puerta.

Lanzó un vistazo aprensivo hacia los oscuros alrededores del rellano. Y saltó hacia atrás como si hubiera tocado un cable de alta tensión. Porque la hoja de madera había cedido para adentro con el simple contacto de sus dedos al llamar.

Pensó que lo mejor, dadas las circunstancias, era largarse de allí a toda «pastilla» y llamar a Scalisi desde el primer teléfono público que encontrara.

Retrocedía ya, cuando recordó la advertencia que el otro le hiciera. ¿Y si estaba en el piso...? La puerta podía haberla dejado abierta por descuido.

Y si él se marchaba equivalía a faltar a la cita. Y eso, significaba la condena de Sandra y la suya propia.

No supo de dónde brotaron sus repentinas energías, quizá del mismo pánico, pero se metió, sin pensarlo un segundo más, en el apartamento de Albert.

Estaba oscuro como boca de lobo. Eso le recordó aquel tópico tan gastado de las novelas de intriga.

Pero la frase le pareció buena. Y muy acertada.

Tanteó la pared en busca de la llave y de la luz.

Algo más sosegado, caminó cautelosamente hacia el dormitorio.

—¡Albert...!, ¿estás ahí? —susurró, temblando al fin y al cabo.

Albert no respondió. Era evidente que no estaba. ¿Por qué le había citado a las doce?

Empujó la puerta del cuarto. Y en el acto se encendió la luz.

—¡Adelante, Pietro! —exclamó una voz que él conocía—. ¡Sé bienvenido!

La impresión recibida dejó a Capezio clavado en el umbral, con un pie en el aire.

Blanco. Mortalmente pálido. Mirando con ojos desorbitados a Tony Moretti y a la pistola que empuñaba.

—¿Te vas a quedar así... sin decirme nada? ¿O es que te sorprende mi presencia? ¿A quién buscabas tú, *bambino*?

Sentía los golpetazos en el corazón dentro del pecho. Y un vacío en el estómago.

Se dejó caer contra la pared, respirando con dificultad, mientras un caos de ideas giraban en el interior de su cerebro.

—Yo... —balbució al fin—, venía a darle una inyección... ¡sí, se lo juro!, ¡una inyección a Scalisi! Él padece... padece de...

—De lo mismo que tú, sucio napolitano, cochino y asqueroso lengua larga, de lo mismo. ¿Qué venías a decirle?

Adelantó el cañón de la automática.

—¡Nada... se lo juro! —cayó de rodillas al suelo—. ¡Por mi hija

que no venía a decirle nada!

Tony Moretti le lanzó un salivazo al rostro.

Y cuando el farmacéutico alzaba ambas manos para limpiarse, disparó a boca de jarro sin piedad, apuntando a la cara.

El silenciador ocultó el estruendo de los dos proyectiles.

Retro Capezio murió sin pronunciar otra frase suplicante. Sin zafarse a su miedo ni a la cobardía que en vida lo dominara.

Su faz, convertida en un amasijo de sangre, en una pulpa horrenda, escapando la masa encefálica por la destrozada frente para caer gelatinosamente sobre el viscoso charco rojizo, ofrecía un espectáculo monstruoso, infrahumano.

Mas los tipos como Tony, no se dejaban impresionar por aquellas nimiedades. Matar era un arte, y él, un artista.

Y como hubiera hecho un buen artista al término del rodaje de una secuencia, prendió un cigarrillo, apagó la luz, y como le ordenara Vito Profaci, se dispuso a esperar la llegada de Scalisi.

¡Menuda sorpresa le aguardaba!

Encendía el segundo cigarro cuando percibió sus pasos por el pasillo. Acostumbrados los ojos a la oscuridad, lo distinguió perfectamente en el momento que tropezaba con el cadáver de Capezio.

Y escuchó su exclamación:

—¡Maldita sea tu estampa...! ¿Qué...?

Se encendió de nuevo la luz.

Pero Scalisi no era el farmacéutico. Estaba acostumbrado a toda clase de escenas por duras que éstas fueran, a reaccionar en cuestión de segundos cuando su vida estaba sobre el tamiz.

Claro que, Tony también era del oficio. Y sabía también esas cosas. Por eso no le dio las concesiones que a Pietro.

—¡Si sacas la «ferretería» te clavo a su lado!

Albert se supo cazado. Y más cuando vio aparecer por su espalda a Nino y Mario.

Fue Moretti el que le dio el primer golpe. Con el cañón de la pistola en pleno rostro.

Albert, trastabilló, y entonces empezó la lección. La de fidelidad a los amigos, así lo dijera Profaci.

Nino le clavó la rodilla en los riñones haciéndole soltar una exclamación de dolor.

—¡Hijo de...!

La exclamación murió en sus labios cuando Mario Trapelli le largó una patada en el bajo vientre haciendo que se doblara como una pelota.

Un aluvión de puñetazos, patadas, cabezazos incluso, se desencadenó sobre todas y cada una de las partes del cuerpo de aquel hombre indefenso que, perdido el conocimiento, nada pudo hacer por evitar la bestial paliza.

—Tony, ¿por qué no lo «freímos»? —inquirió Nino, homicida la expresión—. Podemos decirle a Profaci que ha sacado la pistola y...

—Y Vito es tan idiota que se lo creerá a pies juntillas, ¿no?

—Es mejor dejarlo así —intervino Mario.

Y lo dejaron. En un estado que hasta podía dudarse de si era un hombre.

CAPÍTULO IV

En el vestíbulo del Flushing Airport, dos hombres se miraron sonrientes.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó uno.

—Mis planes nunca fallan —coreó el otro, jactante.

—¿Ni cuando te colocaron los treinta años? —rió Genovese.

—Contaba con esto. ¡Todo previsto, amigo Carlo!

—¿Crees que tendrán noticias de nuestra fuga?

—¿Aquí, en Nueva York? ¡Ca, hombre! Ni hablar. Tardarán por lo menos una semana en cursar los comunicados y facilitar nuestras descripciones.

Carlo Genovese, con los pies en Nueva York, empezó a sentirse de nuevo «supervisor internacional». Por eso, tras escrutar con largueza a su pelirrojo compañero, le dijo en tono suave no exento de autoridad:

—Te debo la libertad, muchacho. Es algo que nunca olvidaré, pero... —se interrumpió dubitativo.

—¡Anda, suéltalo! —le instó Rico—. Supongo lo que vas a decirme.

Sonrió Genovese.

—Así será más sencillo —añadió—. Si quieres seguir conmigo, Rico, en adelante yo daré las órdenes.

—Soy disciplinado y comprendo que para que las cosas salgan bien tiene que haber quien mande y quien obedezca —aceptó Pennochio con decisión—. ¿Por dónde empezamos?

Carlo le golpeó la espalda satisfecho.

—¡Haremos grandes cosas, muchacho! Sí, señor, las haremos.

—No lo dudo, no lo dudo.

Genovese no captó la intención y la ironía que el pelirrojo puso

en sus últimas palabras.

Hora llegaría en que comprendiera.

—De momento —ordenó ya como «jefe»—, vamos a Myrtle Street, 345.

—¿Qué hay en esas señas?

—El apartamento de Albert Scalisi. ¿Qué hora es?

—Siete veinticinco.

—Lo pillaremos durmiendo. ¡En marcha!

No hubo dificultad en encontrar un taxi. El chofer enfiló la proa del vehículo, velozmente, hacia la dirección que le habían facilitado.

Durante el trayecto, los dos viajeros permanecieron en silencio. Encerrados en sus meditaciones.

Fue al torcer por Deegan Th. Street, enfilando Myrtle Street, cuando Rico asomó la cabeza por la ventanilla exclamando:

—¡Eh!, Carlo. Mira eso...

Señalaba la ambulancia y el coche patrulla detenidos, precisamente, a la altura del 345.

—¡Rebase el número y siga adelante! —Genovese se volcó hacia el conductor hablando con nerviosismo.

Los del Sindicato del Taxi, en particular quienes «manejan», estaban acostumbrados a las más dispares escenas.

Desde la mujer que acompañaba a su esposo al trabajo para luego recoger al amante, hasta los tipos de sospechosa catadura que manifestaban incontenible alergia a los automóviles de la policía.

El hombre no hizo pues gesto alguno de extrañeza ni preguntas embarazosas. Se limitó a obedecer, preguntando:

—¿Adónde entonces?

—Tuerza por la primera bocacalle y deténgase.

Así lo hizo.

Rico echó mano a los dos mil y abonó el importe de la carrera.

Ya en tierra, se impacientó Genovese.

—Algo malo ha sucedido, lo presiento.

—¡Bah! —rechazó Rico—. En el edificio no vive Scalisi solamente. Puede tratarse de otro vecino.

—Y yo te digo que no —insistió Carlo.

—No tardaremos en saberlo —replicó el pelirrojo—. Aguarda aquí, yo iré a husmear.

Y sin dar tiempo a que el otro accediera, se puso en movimiento. Tardó cerca de una hora en regresar. Tiempo que Carlo consumió fumando incesantemente y echando furtivas ojeadas por la esquina de la calle.

Cuando le vio venir soltó un suspiro de alivio.

—Empezaba a intranquilizarme —dijo—. ¿Qué ha sucedido?

—He tenido que esperar a que se largaran —habló Pennochio—. Estabas en lo cierto... sólo en parte.

—¿Se han «cargado» a Scalisi?

Rico le tranquilizó con un ademán.

—No, pero de poco. Le han propinado una paliza de muerte.

—¡Cosa de Profaci, seguro! —se desesperó Genovese—. ¡Lo voy a coser a tiros, te lo prometo!

—Cálmate, Carlo. Hay algo más. En el apartamento de Albert han encontrado un «fiambre».

—¿Quién?

—Eso no he podido averiguarlo. A tu amigo se lo han llevado al Bellevue Hospital, y según me han dicho, antes de una semana no estará en condiciones de abrir la boca.

Escupió el cigarro que mantenía entre los labios. Apretó los puños rabiosamente, con manifiesta impotencia.

—¡Hijos de perra! ¡Mal nacidos! ¡Los mataré a todos... a todos! —rugió enfebrecido.

—Si no te dominas —apuntó el de las pecas suavemente—, vas a estropearlo todo. Y hasta puede que el muerto seas tú. ¿No tienes otro contacto aparte de Scalisi?

—Estás en lo cierto... —musitó más dócil—, hay que pensar. Con calma, pero hay que pensar. ¡Sí, claro, sé de un tipo...!

—¿Le vemos?

—En el acto.

35 W.

108 Street, en el corazón del Harlem.

El antro seguía exactamente igual que un par de años atrás. Oliendo igual que entonces, rebosando porquería como antaño, luciendo idénticas paredes llenas de desconchones, dando albergue al golferío de siempre.

—Como ves —Genovese le dio un codazo a Rico—, puerca basura. Pero el fulano de dentro se sabe hasta la Constitución de

memoria.

—¿Crees que quiera hablar?

—Sólo con que huela «pasta».

Entraron.

Pese a lo temprano de la hora, media docena de miserables hampones se repartían por las desvencijadas mesas en compañía de cuatro golfas escandalosas, mulatas la mayoría, que nada cobraban por la exhibición y, muy poco por el uso.

Se acomodaron en la desierta barra pidiendo un par de *whiskys*.

Cuando el muchacho ponía dos vasos frente a ellos, Carlos preguntó:

—¿Está Francesco por ahí?

—Depende —respondió el barman con estudiada cautela.

—Pásale el recado. De un buen amigo que acaba de... «salir». Él lo entenderá.

Desapareció por detrás de un trapo que pasaba por cortina.

Durante la espera, ambos observaron a su alrededor.

Peste a sudor, tabaco, colonias baratas, y alcoholes del caño gordo. En consonancia con la clientela.

—¿De esto vive el tal Francesco?

—¡Quiá! La mitad no le pagan, y el resto no le pagarán nunca. Las chicas sueltan algo de año en año... esto no es más que una tapadera. Vive de los «soplos».

—¿También a la policía?

—¿Por qué no? Él vende informes a quien los paga, ¿qué más da nosotros que la policía?

—No me gusta.

En aquel instante apareció el fulano. Con un gesto poco amistoso contrayendo sus facciones de cerdo.

Como si conociera la identidad de sus visitantes antes de trasponer la cortina, y no fuera de su agrado.

El propietario del garito los miró de soslayo.

—¿Quieren hablarme? —inquirió sin saludar.

Carlo le dirigió una mirada nada tranquilizadora. Asintió con un movimiento de cabeza.

—Pasen, pues.

Fueron introducidos en una habitación de paredes descarnadas, sin ventanas, que tenía por todo mobiliario una mesa carcomida y

tres sillas en idéntico estado.

Del techo pendía una bombilla pelada.

Carlo, sin que el dueño le invitara, tomó asiento displicente. Rico se colocó a su espalda, entre él y la puerta.

—Parece que no recibes con agrado a los viejos amigos —dijo Genovese—. En otra época empezabas por sacar botella.

Francesco clavó en él sus porcinos ojos. Tenía aspecto de mal bicho. Grasiendo, no muy alto, calvo como una bola de billar y mirada huidiza. De traidor, de cobarde.

Dio un paso atrás, abrió un pequeño armario, cazó una botella. Terminó por tendérsela a Carlo.

—Tú lo has dicho —gruñó—. Era otra época. No me gusta recibir en mi casa a los que se fugan de presidio.

Genovese apartó el caño de la botella que ya se llevaba junto a la boca dando un respingo.

—¿Cómo sabes...?

—Tenías para siete, llevabas dos, ¿quién se ha muerto para que den indultos de cinco? Las matemáticas son claras, ¿no?

Ahora bebió el mafioso. Y lo hizo a modo.

—Correcto, Francesco. ¿Te importa mucho eso? Yo sólo vengo a comprar informes, luego me largo... y tú no me has visto.

La grasienda humanidad del tabernero se removió inquieta. La explicación no parecía convencerlo demasiado.

—No quiero líos con la «bofia». ¿Qué vas a preguntar?

—¿Líos, dices? ¿Y quién va a tenerlos? Se trata de un amigo mío, Albert Scalisi. Esta mañana han encontrado un cadáver en su apartamento, y a él, en estado de coma. ¿Quién hizo ese «trabajo», Francesco?

No le pasó por alto el cambio de expresión de Francesco. Ni las gotas brillantes que perlaron su frente.

Negó con la cabeza. Aunque con poca convicción.

—La primera noticia. Ni idea.

Genovese le hizo una seña a Rico y éste colocó dos billetes de cien encima de la mesa.

En otro momento los dedos de Francesco hubieran atrapado el dinero al vuelo. Esta vez no fue así.

Detalle que hizo comprender a Carlo el terror que alguien había desencadenado en tipos como aquél, para conseguir que

renunciasen al mayor atractivo que la vida tenía para ellos. La «pasta».

—¿Ya no vendes informes?

—Nada sé de este asunto.

La mano de Rico echó más billetes sobre la mesa. Hasta quinientos. Quinientos dólares que hicieron brillar los ojillos de Francesco pero que, en definitiva, no modificaron su actitud.

—Bien quisiera... ganarlos, pero ya te he dicho, no sé nada.

Carlo cambió una mirada con el pelirrojo. Al instante, Pennochio, en lugar de más dinero mostró su pavonada automática.

Levantó el cañón hacia el entrecejo del tabernero. Genovese dijo:

—Te lo estás buscando, mamarracho. Ellos imponen silencio pistola en mano, ¿no? Bien, yo desataré tu asquerosa lengua a base de lo mismo —como ya era peculiar a él, sus ojos se oscurecieron al pronunciar la categórica amenaza—. Elige: los quinientos o dos balazos en vientre.

Ahora sí que empezó a sudar. Gimió:

—Debes comprender, Carlo. Tú ya sabes...

—Sólo sé —cortó el otro ominoso—, que han estado a punto de cargarse a Scalisi, que han matado a un tipo que posiblemente fuera su amigo, ¡y que necesito información! Si salgo de aquí sin ella, será porque tu cadáver no tendrá don de habla. ¿Vas entendiendo?

Eran ya gruesas gotas de agua lo que resbalaba por su frente.

—Vito Profaci —anunció de un tirón.

Genovese sonrió burlonamente.

—Ya me gusta más. ¿Qué sabes de Profaci y los suyos? ¿Por qué le arrearón a Scalisi?

—Se enteraron de que te enviaba informes. Han pasado muchas cosas...

—Venga, suéltalas.

Lo hizo, soltó cuanto sabía, mirando de hito en hito la pistola que el pelirrojo sostenía con mano firme.

Habló por espacio de una hora. Empezando por lo de Caliguri y terminando por lo que sabía de Capezio y Scalisi.

—¿Cómo distribuye Profaci las drogas?

—Te juro que no he conseguido averiguarlo —respondió con acento sincero—. Y no será porque no lo haya intentado.

—¿Dónde tiene Vito su cuartel general?

—En un *dancing* del Queens. Creo que en el 216 de Connecting Street.

—¿No te olvidas nada?

—Seguro que no, Carlo.

—Coge los quinientos... y procura que Vito no se entere de que estoy en Nueva York antes de que yo mismo se lo diga, de lo contrario, te haré un agujero en cada centímetro de esa asquerosa barriga que tienes. ¿Me explico?

—Sabes que nunca traiciono, tú lo sabes.

—Procura no cambiar de hábitos.

Seguido de Rico abandonó la estancia. Francesco los vio salir limpiándose el sudor.

CAPÍTULO V

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Rico, mientras caminaban por las sucias callejuelas del Harlem.

—Intentar acercarse a Scalisi es imposible —respondió el otro taciturno—. Sólo una cosa puede hacerse, lo que llevo mucho tiempo deseando. ¡Matar, matar a ese maldito asesino, a ese puerco traidor, a ese canalla...!

Buscó la mirada del muchacho sin encontrar en ella la aprobación que esperaba. La que hubiese deseado.

—¿No estás de acuerdo?

Rico Pennochio, procurando que sus palabras no pasaran de ser una sugerencia para evitar que produjeran en el mafioso una reacción poco favorable a sus proyectos, dijo:

—Sí lo estoy... pero opino que deberíamos esperar.

—Explícate.

—Yo me «cargaría» a Profaci con mucho gusto, vaya eso por delante. Pero si hacemos eso, jamás nos enteraremos de sus procedimientos ni de quiénes colaboran con él. ¿No crees que es mejor exterminar a la organización completa?

Genovese le miró intrigado.

—Puede que tengas razón, ¿pero cómo vamos a conseguirlo?

Pennochio extendió una amplia sonrisa por sus labios.

—Estás ofuscado, Carlo. Y muchos detalles te pasan por alto. Francesco ha dicho cosas muy interesantes, de las cuales podemos sacar provechosas conclusiones.

—¿Por ejemplo?

—Caliguri y Capezio eran farmacéuticos. ¿No te dice nada esa coincidencia?

La mirada fue esta vez de sorpresa.

—No. No veo en ello nada de particular.

—El sistema de Vito Profaci para distribuir narcóticos, tiene mucho que ver con las farmacias.

Pronunció la frase con lentitud y mucha intención. Matizando significativamente.

Genovese reflexionó unos minutos.

—¡Demonios! En toda mi vida no se me habría ocurrido pensar eso. Sí... desde luego, es muy posible que estés en lo cierto.

—Empiezo a ver con claridad, Carlo —siguió el pelirrojo, seguro ya de que Genovese le dejaría las riendas en su mano—. Trataron de involucrar a Caliguri en el asunto, él quiso hablar y lo silenciaron. Santora fue el ejecutor, y al enterarse de que la policía iba a detenerlo, también le aplicaron la «omertá». Con Capezio ocurrió algo parecido. Quiso ponerse en contacto con Scalisi para informarle de la proposición que le habían hecho; lo siguieron hasta el apartamento de Albert, lo mataron allí y esperaron a Scalisi para darle una lección.

—No me explico cómo lo dejaron vivo.

—Eso está claro. Sabían que trabajaba para ti, y estando tú en presidio, poco daño podía hacerles él solo.

Carlo Genovese clavó sus ojos grises en la elevada silueta de Pennochio sin hacer nada por ocultar la admiración que hacia él sentía.

—Y con ese cerebro... ¿te dedicaste al atraco?

—Necesitaba un estimulante —dijo el muchacho con fingida modestia—. Alguien como tú que me enseñara el camino.

—Has pensado algo, ¿verdad?

—Desde luego. Capezio tenía una hija, al menos, eso ha dicho Francesco. ¿Lo has olvidado?

—No, ¿pero qué tiene que ver la chica en todo esto?

—Nada. Pero puede ayudarnos.

Carlo montó una ceja sobre otra.

—¿Cómo?

—Prestándonos la farmacia.

—Prestándonos la farmacia —repitió Genovese aturdido—. ¡Que el demonio te entienda!

—Escúchame con atención.

Así lo hizo por espacio de unos minutos. Y al término, Genovese

sonrió abiertamente.

—¡Genial! —exclamó—. ¡Genial, muchacho! —cambió la expresión de su rostro, al preguntar con oculto terror—: ¿Y si ella no quiere?

—Querrá, Carlo, querrá. Ya verás cómo quiere...

A pesar de que el vestido negro no era el más apropiado para resaltar sus encantos, y que las lágrimas que empañaban sus ojos le restaban su natural belleza, nadie podía negar a Sandra Capezio que era una mujer muy hermosa.

Y tampoco el vestido impedía imaginar la agradable línea de su cuerpo esbelto, pródigo en curvas armoniosas, flexible, subyugante por su vital ardor.

Pennochio había ensayado frente a ella su expresión más triste y recitado las frases de condolencia mejor logradas que conocía.

Sin ser un gran sicólogo, el pelirrojo con pecas en quien Charlie Adams confiara como primera una misión peligrosa, comprendió que Sandra era una muchacha ingenua crédula, fácil de engañar.

Algo distinto al resto de mujeres de su edad, en un país como aquél y unos tiempos como los actuales.

Sintió una profunda compasión por ella. Hasta se recriminó su proceder, y para callar su conciencia, se dijo: «Es necesario, Richard. Es como si la ayudaras a ella también».

Genovese recitó aquel vulgar: «Le acompaño el sentimiento». Y se mantuvo a la expectativa.

Ella los miró a ambos sin recelos. Con sus lágrimas y su pena.

—Queremos ayudarla, Sandra.

—¿Qué ayuda puedo necesitar yo?

—La tranquilidad moral de saber que el repugnante crimen que han cometido con su padre no queda impune.

Rico pronunció la frase con suavidad y contundencia a la vez.

—¿No es mejor que se encargue la policía de eso...? —apuntó tímidamente mientras apartaba el pañuelo de sus ojos.

Rico y Carlo cambiaron una mirada de inteligencia. Fue Genovese quien habló ahora. Y lo hizo bien.

—Su padre y yo, Sandra, nos conocimos en Italia. Fuimos buenos amigos. Los azares de la vida nos juntaron de nuevo aquí, cuando usted todavía era una niña. Pasábamos buenos ratos, charlábamos, él me confiaba sus problemas y yo a él los míos.

Podíamos hablar nuestra lengua en tierra extraña y sentirnos, por momentos, como allá en Nápoles.

—Nunca me habló de usted —le interrumpió ella.

—No debe extrañarle. Los negocios me llevaron a viajar por toda América y perdimos el contacto. La amistad no, porque los buenos camaradas nunca se olvidan. He estado veinte años lejos de Nueva York, y hoy precisamente, a mi regreso, cuando venía ilusionado a...

No era mal actor. Hasta el fingido sollozo que ahogó su voz pudo pasar por legítimo.

—... me he enterado de lo ocurrido. Por eso he ido en busca de un detective privado —señaló a Pennochio—. Es un hombre de confianza, que sabe mucho y puede conseguir mejores resultados que la policía. Ellos se encierran en interrogatorios, en absurdas preguntas, y no pueden salirse de los límites que la ley les señala. Yo... le ruego que acepte nuestra ayuda y colabore con nosotros.

Sandra dudó breves instantes.

—¿Cómo he de ayudarles?

Fue Rico quien respondió a la pregunta.

—Debo pasar por un primo suyo. Un primo que estaba en Providence y que ha venido rápidamente al enterarse de su desgracia —recalcó las palabras pronunciadas a continuación—: Para que todo salga bien, nadie ha de saber que soy detective privado.

—¿Qué hará usted?

—Abrir la farmacia de su padre y esperar.

—Bien... —accedió temerosa—, si es por vengarle a él, les ayudaré.

Rico levantóse de la silla que ocupaba. Se acercó a Sandra para contarle detalladamente los pormenores de su plan.

La muchacha lo escuchó en silencio.

—¿Te has convencido? —preguntó Rico con triunfal sonrisa.

—¡Eres un tipo estupendo! —le animó Genovese—. Más que Tommy. Y perdona si ofendo su memoria.

El falso Pennochio estuvo en un tris de soltar la carcajada.

—Todo queda en la familia —dijo algo irónico—. Yo me colocaré en la misma farmacia, un jergón en la trastienda y listo. Pero tú, debes buscarte alojamiento. Cualquier fonducho del Bronx

o de Brooklyn, servirá. Un lugar de éstos donde preguntan poco y nadie se preocupa de nadie.

—Correcto. ¿Qué haré entretanto?

Genovese había abdicado del mando que, horas antes, él mismo se impusiera al pisar el Flushing Airport.

Rendido a la definitiva evidencia de que el muchacho era quien en realidad debía mandar.

—Un trabajo tan importante y arriesgado como el mío, o más —le halagó Rico habilidosamente—. Tú conoces los bajos fondos, Harlem, Chinatown, Muberry Bend, Greenwich Village, conoces la gente que los frecuenta, puedes oír conversaciones... sonsacar algunos tipos. Todo, sin dejarte ver demasiado, ni hacerte sospechoso.

—De acuerdo.

—Incluso... —apuntó Rico con matiz de duda—, tratar de acercarte al Bellevue Hospital y ver si se puede dialogar con Albert. Aunque me imagino que será prácticamente imposible, la policía montará a su alrededor un compacto servicio de vigilancia.

—Lo intentaré.

—De momento, preocúpate de encontrar alojamiento. Luego comunícate conmigo.

Sin más palabras, se separaron.

Quizá a otro con más experiencia el detalle le hubiera pasado por alto, pero Richard Maine, el bisoño agente especial del F.B.I., tenía muy recientes las lecciones aprendidas en Quántico.

Sobre la forma en que ellos debían actuar, y sobre la forma en que actuaban los gánsteres, pistoleros y asesinos.

No podía subestimarse al enemigo por poco inteligente que nos pareciera.

Era bien entrada la noche cuando decidió efectuar aquella comprobación.

Con una paciencia y parsimonia dignas de todo encomio, recorrió palmo a palmo el trazado del cable telefónico.

Se encontró frente a un poste en la calleja de atrás. Una calle lóbrega y desierta por la que no transitaba ni un alma.

Con rápidos y decididos movimientos, afianzando los pies en cada uno de los salientes, trepó por el poste hasta alcanzar la caja de conexiones.

La forzó con cuidado.

¡Tal como lo imaginara! Ahora sabía de qué medios sí había servido Vito Profaci para enterarse de la cita que Capezio y Scalisi concertaran.

Un «parche» en la línea de teléfono correspondiente al farmacéutico.

Desde su improvisada atalaya, observó el trayecto que seguía, fijado a la pared, el empalme efectuado por los hombres de Profaci.

Se prolongaba a lo largo de la calle torciendo por la pared que a ella unía la bocacalle más próxima.

Bajó al suelo y se encaminó hacia allí. La derivación moría en un punto cercano.

En la entrada de un sótano con franca apariencia de total abandono.

Bajó los desgastados peldaños procurando no efectuar ruido alguno. Empujó la cancela que, pese a sus precauciones, gimió por la cantidad de óxido acumulado sobre los goznes.

Desistió de seguir empujando al comprobar que con ligera dificultad, podía introducir su cuerpo por la rendija abierta.

Silencio, penumbra, polvo, suciedad y telarañas colgando de la bóveda era cuanto había allí dentro.

Inició el avance, pistola en mano, por un corredor estrecho y húmedo que tenía extraordinaria similitud con los subterráneos que en otro tiempo servían como depósitos de cadáveres.

A mitad del recorrido se encontró con una puerta entreabierta. Era el inicio de un nuevo corredor de características parecidas al que se encontraba.

Se metió por este último, dio unos pasos... y de repente brilló una luz.

—¡Vuélvase despacio, amigo! ¡Muéstreme su cara!

Eso lo había ordenado la voz de un tipo que permanecía de pie junto al interruptor de la luz.

Richard Maine —en su papel de Rico Pennochio—, giró bruscamente. Mostrando su cara y su automática.

—¡Tablas! —gritó con regocijo—. Tú disparas, yo disparo. El que tenga mejor puntería gana. Pero aunque me aciertes, habrá unas décimas de segundo a mi favor. Las suficientes para meterte un par de balas en el estómago.

Y era verdad. Como en una partida de ajedrez. El que le había sorprendido lo comprendió de inmediato.

Otro, quizá hubiera corrido el albur. Pero Nino Trapelli era demasiado cobarde para eso.

Mostrarse «duro» con las prostitutas, sacudir a los indefensos y disparar a quemarropa contra quien no llevara «ferretería» era una cosa, jugarse el tipo ante un fulano con narices y pistola, era otra muy distinta.

Se miraron unos instantes. Indeciso uno, pensando con rapidez de relámpago el otro.

—Qué, ¿no te animas? —se burló el pelirrojo, como si leyera en el pensamiento de su antagonista—. ¿O lo echamos a cara y cruz?

No pretendía más que distraer su atención. Y lo consiguió.

Era el momento. Calculó la distancia que los separaba y en fracciones de segundo, como tantas veces ensayara, se dejó ir en tierra apagando la bombilla de un balazo a la vez que, con salto felino, se lanzaba hacia delante en busca de su enemigo.

Los dos disparos —porque el otro respondió de inmediato— llegaron a confundirse, y lo reducido del espacio hizo retumbar las paredes como si en vez de tiros fueran cañonazos.

Consiguió atraparle por las piernas haciéndole perder el equilibrio. Trapelli, en su esfuerzo por librarse de la caída no hizo más que favorecer al que atenazaba sus piernas.

Estampó la boca contra el suelo húmedo y helado, perdiendo su pistola en el choque.

Notó que la sangre le manaba por la comisura de los labios, pero al sentirse izado a plomo y recibir un potente puñetazo en mitad del rostro, más que manar, brotó a chorro.

Enfurecido, lanzó inofensivas patadas de un lado a otro sin rozar tan siquiera a su ágil adversario, y éste, con precisión y dureza, le castigó de nuevo en el rostro.

Empezó a tambalearse, renunciando ya a la lucha. Y entonces, en un juego perfecto de izquierda-derecha, fue cazado en la boca del estómago y en la barbilla respectivamente.

Cayó sin exhalar un gemido. «Groggy».

Maine, recordando la fuga de presidio, lo inmovilizó fuertemente. Buscó un papel en sus bolsillos, un lapicero, y escribió la siguiente nota:

«Por esta vez sólo te aviso, Profaci. La próxima, encontrarás a tu esbirro “tieso”. Responderé al plomo con plomo».

La prendió con un alfiler sobre la chaqueta de Trapelli.

Sin más contratiempos, no tuvo dificultad alguna en dar con el sitio en que la organización había instalado su «emisora de escucha».

Sin importarle el ruido que pudiera efectuar, destrozó a tiro limpio teléfono y magnetofón —tras asegurarse de que éste tenía la cinta en blanco—, arrancando conexiones y fraccionando el cable por distintos puntos.

Luego, con toda tranquilidad, iluminados los labios por una sonrisa de triunfo, volvió sobre sus pasos.

Regresó a la farmacia. Ahora podría comunicar con Washington a plena satisfacción.

Mientras cerraba la puerta metálica fue repasando su labor y analizando los hechos.

No estaba descontento. A las pocas horas de su llegada a Nueva York se hallaba ya sobre el buen camino.

Recordó el miedo al fracaso que experimentara en el despacho de Charlie Adams. Ahora, ni tan siquiera consideraba la posibilidad de fracasar.

Los días venideros le darían o no la razón.

Pasó a la trastienda. Echó un vistazo al catre que le habían preparado. Buena chica, Sandra. Y muy bonita.

Descolgó el auricular.

—¿Operadora...? —unos segundos de espera—. Deme larga distancia. El

3 876 549

de Washington. Sí, aguardo.

Poco después, al otro extremo del cable, escuchó la voz grave del «segundo»:

—¿Quién llama?

—Agente Richard Maine, desde Nueva York. ¿Me oye bien, señor?

—Adelante, «Pennochio», le escucho.

La conversación duró algo más de diez minutos.

Al volverse, los azules ojos de Maine tropezaron con la enlutada silueta de Sandra Capezio.

No había dudas. La mujer acababa de oír el diálogo telefónico.

Sin despegar los labios, fija una mirada en otra, permanecieron a lo largo de varios segundos.

Fue ella, decidida, quien habló:

—¿Es usted... policía? —preguntó débilmente.

Y Maine intuyó en el fondo de aquellas palabras, un respiro, un alivio, una tranquilidad.

Y la muda súplica que leyó en aquellos ojos negros, grandes, sinceros, no le permitió mentir en la respuesta:

—Sí, Sandra. Lo soy.

Como una explosión de júbilo, como un impulso irrefrenable, como un instinto desconocido difícil de definir y dominar.

Ésa fue la reacción de la mujer.

Corrió hacia él buscando protección, cobijo. Se metió entre sus brazos apoyando la cabeza sobre el torso masculino.

No había maldad, no había intención, no había nada censurable en su acción. Demasiado espontánea para pensar en eso.

—Desde que lo he visto... un sexto sentido me ha hecho confiar en usted. Pero... ¿por qué me ha engañado?

Él, la apartó suavemente. Buscó con el claro azul de los suyos el negro límpido y profundo de los ojos de ella.

—Era necesario, Sandra —le explicó, sin saber en realidad cómo explicarse—. A veces, nuestra labor, las circunstancias... nos impulsan a presentarnos como delincuentes... —sonrió—, o como detectives privados.

Ella le miró con extraña fijeza. Inquirió muy despacio:

—¿Hizo algo malo mi padre?

—No —respondió Maine sin dudar—. Quiso hacer algo bueno. Por eso lo mataron.

Y acto seguido, depositando su confianza en la hermosura de aquella criatura deliciosa, narró de una forma que le resultara comprensible el porqué de su presencia allí, y el por qué —sin entrar en detalles complicados— de su misión.

—Así, ese hombre, el que dijo ser amigo de mi padre —habló, demostrando una sutileza muy propia de su sexo—, es un... «hombre malo».

—Lo fue, pero no tendrá tiempo de volver a serlo. Sabe muchas cosas de un mundo en el que yo ando a tientas. Por eso está conmigo.

Se interrumpió, y dulcificando su expresión al máximo, dijo persuasivo:

—Debe descansar, Sandra. Y no se preocupe por estas cosas, ni por su seguridad. Yo la protegeré hasta que todo termine.

—Lo sé... usted es bueno.

Y para que no viera la expresión de sus ojos, se volvió de espaldas escapando de la trastienda.

—Buenas noches —murmuró Richard, pensativo.

Cuando se disponía a echarse en la cama sonó el teléfono. Supuso que era Genovese y no erró.

Habíase alojado en una fonda del Bronx.

CAPÍTULO VI

Como tantas veces hiciera Pietro Capezio, Pennochio alzó la puerta metálica puntualmente.

Minutos antes de las nueve de la mañana.

Poco entendía él de analgésico, sedante, antiespasmódico, y mucho menos de preparados químicos y fórmulas farmacéuticas, pero como suponía que su labor de dependiente no se iba a prolongar más allá de una semana, se dispuso, por lo menos, a no envenenar a nadie.

El primero en pisar el establecimiento aquella mañana, no lo hizo con la intención de adquirir un sobre de aspirinas.

Eso lo supo Rico al instante.

Y supo también su profesión, antes de que el estirado individuo mostrase su credencial.

Dijo muy serio mirando en torno suyo:

—Teniente Hobson, de la Brigada de Homicidios.

Sin recelos ni gestos de sorpresa, el accidental farmacéutico inquirió:

—¿En qué puedo servirle, teniente?

Hobson era largo y desgarrado. Penetrante y fría la mirada de sus ojos pardos. Por su forma cautelosa de andar y maniobrar, desconfiado en exceso.

Quizá teatral en su cometido.

Preguntó a la vez, con grave acento:

—¿Familiar de Capezio? ¿Su heredero?

Rico se frotó la barbilla. Sonrió.

—Sí, a la primera. No, a la segunda. Soy primo lejano... era, del infortunado Pietro. Siempre me había dicho que si alguna desgracia le sucedía, sólo en mí confiaba para cuidar a su pequeña Sandra...

El policía, no prestaba demasiado interés a sus explicaciones. Más bien atraído por curiosar en los rincones del establecimiento, paseó, indolente y descuidado en apariencia, sin que el más leve detalle escapara a su sagaz mirada.

Volvió sobre sus pasos encarándose con Rico. Le miró una vez más de arriba abajo.

—¿Decía...?

—Que estaba en Providence y he venido al enterarme de la...

Una sonrisa iluminó la tosca expresión de Hobson. Adelantándose otro paso, habló en voz baja:

—Lección bien aprendida, agente Maine. El paseo ha sido para asegurarme de que no hubiera micrófonos ocultos.

—Sólo un «parche» en la línea telefónica. Me preocupé de eso ya, y de los posibles micrófonos. Lección bien aprendida, teniente Hobson.

—Esta mañana —dijo el policía—, a primera hora, he recibido un comunicado de Washington. Adams directamente. Me ordena le preste ayuda en cuanto sea necesario —le metió una tarjeta en la mano—. Ahí está mi dirección y número de teléfono. ¿Van bien las cosas?

—Por ahora, sí.

—Bien, me marchó. No vacile en llamarme si lo cree conveniente.

—Correcto, teniente. Así lo haré.

Dio media vuelta y se largó.

Una hora más tarde, apareció Sandra con una humeante taza de café y unas tostadas.

Sabían a gloria —o al menos se lo pareció a Rico—. Y con estas mismas palabras se lo dijo a ella.

La muchacha no pudo evitar que sus mejillas se colorearan. Y como en la noche anterior, se escapó a los ojos, del federal pese a que él intentó evitarlo.

Fue transcurriendo la mañana sin que se presentaran demasiadas dificultades a la hora de despachar ungüentos, pastillas o gotas nasales.

Hasta que a las doce y media se presentaron tres clientes, en cuya visita Rico confiaba ciegamente, y de los cuales reconoció uno de inmediato.

Por los círculos violáceos que mostraba en cada ojo y algún que otro esparadrapo sobre el rostro y la frente.

Con una sangre fría que le hubiera envidiado más de un veterano, Richard Maine observó sonriente a los tres fulanos.

Y mirando abiertamente a su «amigo» del sótano, le preguntó:

—¿Duele eso, compañero?

Tony Moretti, torció la boca ferozmente.

—Entrometido y gracioso, ¿eh? ¿De dónde has salido tú que tantas cosas sabes?

—¿Recibió Profaci mi aviso, señores «matones»?

—De eso venimos a hablar —lo de «hablar», cobró en boca de Moretti peligrosa entonación.

Nino y Mario se mantenían en silencio a la expectativa.

—Pues adelante, están en su casa —invitó Rico, precediéndoles hasta la trastienda.

Allí, se volvió automática en su mano. Y los tres se miraron, y le miraron sorprendidos.

—¡Las manos en lugar visible, caballeros! —ordenó en un tono preñado de amenazas.

Impuestos seguramente por Nino Trapelli de cómo las gastaba el pelirrojo, obedecieron al instante.

—¿De qué se ha de hablar? —quiso saber, irónico.

—Un negocio —respondió el ejecutor de Profaci, procurando no pestañear más de lo necesario—. El mismo que le propusimos a Capezio.

—Y luego lo liquidasteis, ¿eh?

—Quiso traicionarnos. Nosotros jugamos limpio... y el que nos la hace, la paga.

—Muy expeditivos. Bien, lo que hicierais con Capezio me importa un rábano. ¿Qué hay del negocio?

Mientras hablaba, el agente del F.B.I., no apartaba sus ojos de los tres *killers* de Profaci, presto a disparar al más leve intento de rebeldía.

—Es... —dudó Tony— preciso que lo tratemos así.

—Para mi seguridad —se burló Maine—, totalmente necesario. ¡Ah!, y os voy a hacer una advertencia: Me disgustan los aficionados a la electrónica. Nada de «parchecitos» en el teléfono, nada de micrófonos, nada de magnetófonos... —sonrió torcidamente—, a la

próxima anomalía que observe, «tiro» de gatillo, ¡y caiga el que caiga! ¿Está claro? ¡Venga pues el negocio!

El papel de Richard Maine podía calificarse de sobresaliente. Sus gestos, su manera de expresarse, sus palabras. El acento y ritmo que imprimía a la conversación.

Charlie Adams hubiera estado satisfecho, enteramente satisfecho, de haberle visto en aquellos momentos.

Había conseguido algo difícil. Impresionar a tres profesionales del crimen, acostumbrados a toda clase de violencias y atrocidades, con su personalidad arrolladora y una pistola.

Tony movió una mano al empezar su explicación.

—¡Quieto, nervioso! Otro movimiento y te perforo tus corrompidos intestinos.

Se envaró, engullendo saliva. Estático, sin contraer un solo músculo facial, formuló igual oferta que a Pietro Capezio el día anterior.

—¿Qué clase de elixir es éste? —quiso saber Maine.

—Un sedante... para «necesitados».

—¿Narcótico?

—Opio.

—Con envase nuevo y toma por vía bucal —el agente soltó una carcajada sarcástica—. Y con un letrerito que dice: «Agítese antes de usarlo» —cambió su expresión hasta tornarse ominosa—. ¿Tengo cara de idiota, pedazo de cernícalo?

Tony dijo una cosa y luego se arrepintió.

—¿También entiendes de farmacia?

Maine apretó el gatillo. Tony vio volar su sombrero limpiamente atravesado por la bala.

Demudado el semblante, tartamudeó:

—Si... me causas el menor rasguño, Profaci te enseñará.

—¡Repugnante cobarde!, ¿qué clase de bicho eres tú? ¿Sólo te atreves con los desgraciados como Capezio, no? ¡Suelta la lengua antes de que me ponga más nervioso...!

—Se trata de uno de los ingredientes base del opio —soltó el ejecutor de un tirón—, diluido en una composición líquida. Los efectos son idénticos.

Maine compuso una mueca de brutalidad.

—Bien, jauría de cerdos. Podéis decirle a Profaci que estoy

encantado de sostener con él relaciones comerciales, que el negocio me parece bueno y remunerativo, que en principio acepto. Pero le vais a decir también que si quiere conservar incólume la recubierta de los huesos y su fábrica de «opio sintético», ni sueñe con aplicarme su «omertá» particular. Estoy preparado y prevenido para todo y contra todo. Y ahora, ¡largo de aquí!

Escotados por el cañón de la pistola de Richard Maine salieron a la calle, montaron en el auto que los había traído, y pusieron neumáticos en polvorosa.

Guardó la automática sonriente. Había dado un nuevo paso y muy importante. Al menos, ya sabía el sistema empleado para la distribución de narcóticos.

Faltaba saber cómo los obtenía. Posiblemente, la clave estaba en la Morgue.

Ya se había cerrado cuando hizo su aparición un Carlo Genovese excitado, nervioso y sonriente a la vez, y con mirada febrilmente brillante.

Le daban escolta dos tipos de inconfundible catadura, que se quedaron algo rezagados casi a la entrada de la farmacia.

—¡Rico —gritó más que dijo—, tengo excelentes noticias!

Pennochio, más pendiente de los dos elementos que del mismo Genovese, se limitó a decir:

—¿Ah, sí? ¿Quiénes son éstos?

Carlo alzó las cejas.

—Necesitamos gente que nos ayude, ¿no? —se volvió hacia ellos—. Muchachos, él es el hombre de quien os he hablado, Rico Pennochio —y mirando al pelirrojo, agregó—: Ellos son Mickey Trop y Frankie Calston.

—¿Qué tal, chicos? —saludó Rico.

Por lo visto, con la bata de farmacéutico no les causó la impresión esperada.

Gruñeron como perros para decir que estaban con ganas de «trabajar».

—¿Usan bien de la «ferretería», Carlo?

Ensayó un ademán de afirmación contundente.

—¡Auténticos profesionales!

—Vamos dentro y me hablarás de esas noticias.

Pasaron a la trastienda. Frankie y Mickey, en plan de

profesionales, se situaron junto a la entrada.

Rico preguntó en silencio con la mirada. Genovese, antes de hablar, alcanzó una botella de *whisky*.

Después de un prolongado trago, anunció:

—Vito Profaci es gerente de una empresa de pompas fúnebres.

El rostro de Rico no expresó las sorpresas que el otro esperaba.

—¡Lo encajas todo, diablos! —exclamó un tanto contrariado. Y añadió con su lobuna sonrisa—: Unas pompas fúnebres, que más que fúnebres son muy raras, ¿sabes?

—Si no me lo dices.

—Profaci es un excéntrico, se sale de lo corriente en todas sus facetas. Eso que se llama «*sui generis*». Fíjate que se dedica a importar cadáveres.

Ahora sí se sorprendió Rico. Y mucho.

—Importar... ¡cadáveres! —repitió boquiabierto—. ¿Qué clase de negocio es ése?

Carlo sonrió con suficiencia.

—Muy sencillo. Se trae muertos del extranjero. De Centro y Sudamérica —gozaba con la incertidumbre del otro, especulando con sus enigmáticas palabras—. Yo estoy trabajando en Méjico, Brasil, Venezuela... y la «palmo».

Profaci & Company

se encargan de los trámites del traslado de mis restos a Nueva York. Cobran un interés por sus gestiones, entregan mi cadáver a la familia, ¡y a por más muertos! ¿Qué opinas?

Saliendo de las propias reflexiones, Rico preguntó a su vez:

—Y como es lógico, ¿dejan el cadáver en la Morgue, no?

—Si te parecen los *cabarets* mejor sitio. ¡Vaya pregunta!

—Y en la Morgue... —siguió Rico el hilo de sus pensamientos—, entrega Profaci las cajas de su «elixir».

Genovese se impacientó.

—¡Qué bobadas dices!

—¿Eh...? Nada, nada. Asocio ideas, ato cabos, ¿comprendes?

—¡El demonio es quien te comprende!

Rico le explicó de improviso la conversación sostenida con los enviados de Vito Profaci. Intercaló en su relato lo ocurrido la noche anterior en el sótano.

—Eres una maravilla «trabajando». ¿Qué crees que va a suceder

ahora?

—Me da en la nariz que van a tratar de liquidarme. Y pronto. Puede que esta misma noche. ¡Y a fe que les prepararemos un buen recibimiento!

Frankie y su «colega», desde el umbral, no se perdían ripio. Y ya comenzaban a mirar al farmacéutico con evidente respeto.

Fuera, en la calle, alguien golpeó sobre los cristales de la puerta de entrada.

Rico le hizo una seña a Mickey Trop quien obedeció presuroso.

Regresó al cabo de un minuto.

—Una mole de grasa sudorosa con cara de cerdo —anunció cual si escupiese las palabras—, que dice atender por Francesco, quiere verte, Carlo.

—Tráelo.

Apareció la obesa humanidad del tabernero frotándose nerviosamente la frente con un mugriento pañuelo.

—¡Carlo! —exclamó no bien entró—. ¡Profaci sabe que te has fugado! ¡Sabe que estás en Nueva York! ¡Sabe que viniste con él! —señaló a Rico—. He venido a informarte para que no digas que te he traicionado...

—Y... —quiso saber Genovese lentamente—, ¿por qué me has buscado aquí precisamente?

—Uno de mis contactos ha «captado» palabras entre dos tipos que trabajan con Vito. Hablaban de tu amigo —apuntó de nuevo hacia el pelirrojo—, de la farmacia, de que debías estar con él... y de que esta noche...

—Sigue, cochino. ¡Rápido! ¿Qué pasará esta noche?

Sólo dijo una palabra:

—«Omerta».

Rico Pennochio, saltó materialmente de su asiento echando una ojeada a su reloj.

—¡Tú! —miró a Frankie autoritario—. ¡Ve a por un coche!

—¿Un... taxi?

—¡No seas imbécil! —gritó despótico—. ¿No me has entendido? He dicho un coche. ¡Invéntalo, róbalos... haz lo que te de la gana! Pero antes de diez minutos quiero un coche, y grande, en la puerta.

Sin hacer preguntas ni objeciones salió de estampida.

Genovese, nada dijo. Se limitó a observar a Pennochio, que

ahora se encaraba con Francesco.

—Pedazo de carne con ojos —le espetó arrastrando las palabras —, necesito un par de metralletas, ¿oyes?

—¡Pero... —tartamudeó—, eso es imposible! ¿Ahora? ¿De dónde las saco?

—Que te lo digan tus contactos. Tienes quince minutos para regresar con ellas, si no, es mejor que salgas de la ciudad antes de media hora. ¿Me sigues?

Lo que siguió, como Frankie, fue el camino de la puerta.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió al fin Carlo.

—Vamos a visitar a Profaci en su propia madriguera. Pero hay que darse prisa para atraparlos reunidos, de lo contrario él y sus satélites estarán de camino para acá.

Genovese palmeó sobre la mesa con alegría incontenible.

—¡Por fin! —exclamó.

—Vamos a amenazarles —advirtió Rico suavemente—, no a liquidarles. Por ahora no nos conviene.

CAPÍTULO VII

Frankie Calston se mostró muy hábil a la hora de obtener vehículo y a la hora de manejarlo.

Igual que Francesco, que no se demoró ni un minuto del plan que le habían fijado para presentarse con la «artillería».

Ahora, a bordo del flamante «Nash» modelo 63, cuatro hombres con expresión dura reflejada en sus rostros, devoraban el asfalto camino de Connecting Street 216.

El *dancing* de que hablara el tabernero se llamaba Pájaro Azul.

Una cuadra más arriba, Frankie aplicó los frenos.

—Hemos llegado —dijo escueto.

Los cuatro saltaron a tierra. Trop y Calston ocultaron las metralletas bajo sus gabanes.

—¿Habéis comprendido el plan? —les preguntó Rico antes de ponerse en movimiento.

—Sin dudas.

El lugar, no era exactamente lo que Rico Pennochio había imaginado. Más que *dancing* en su acepción concreta y literal, podía considerársele una *boîte*.

Y estupenda por cierto.

En Pájaro Azul se daban cita hampones de escritorio y teléfono —de los llamados de guante blanco—, politiquillos en agraz, hombres de empresa, estrellas del béisbol, algún que otro literato de pluma mediocre, y eso sí, mujeres de explosiva y cautivadora belleza.

Unas, sólo para exhibirse y gozar con las miradas de deseo que captaban a su alrededor. Otras, también para eso, y para plasmar el deseo en algo más tangible que una mirada.

El ambiente, para conseguir lo anterior, estaba bien logrado.

Decorado fastuoso, camareros de rigurosa etiqueta y prudente discreción, suave y perfumada la atmósfera —la de «conseguir»—, ¿y cómo no?, distribuidas estratégicamente las luces tamizadas de polícromo fulgor.

¿A cuál de los cuatro hombres que acababan de penetrar le importaba todo aquello?

No habían ido allí para admirar el decorado, ni desear mujeres por hermosas que fueran, para luego decir que habían tomado un «Manhattan» en compañía de un «*crack*» del béisbol o un genio de Wall Street.

Sus fines eran bien distintos —mejor opuestos— a los de la concurrencia, nutrida ya, que gravitaba en el interior del local.

Frankie y Mickey, se escurrieron habilidosamente hacia uno de los extremos en que la penumbra era intensa para que nadie captara el bulto sospechoso de sus gabardinas y el hecho anormal de llevarlas puestas.

Carlo y Rico, con más calma, estudiaron todos los rincones, los rostros de quienes cruzaron en su camino, la situación que de normal ocupaban los camareros y, con atención trataron de localizar los «duros» que, sin duda, Profaci tenía repartidos por la sala.

—Junto a la barra hay uno —susurró Carlo al oído de Rico—. Cerca de los servicios el otro.

—Perfecto. Podemos empezar.

Dicho esto buscó a los de la metralleta. Estaban apoyados a ambos lados de unas cortinas que señalaban el principio de las escaleras que conducían a la planta superior.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Era la contraseña.

Descorrieron aquéllos las cortinas, pero sin desaparecer tras ellas.

Pennochio se dirigió hacia uno de los «matones» de turno.

—¿Se ha fijado en aquellos fulanos?

El tipo tenía cara de bulldog, y el *smoking*, le sentaba peor que una patada en los riñones.

—¿Cómo...? —soltó el vaso de ambarino contenido que sostenía con la zurda—. ¿Qué dice?

—Que les de una ojeada al par de elementos que hay al lado de

las cortinas del fondo. Allá... en la derecha.

El «duro» miró hacia el lugar.

—¡Observe, observe! —insistió Rico con temerosos y teatrales ademanes—. ¡Llevan las gabardinas puestas! ¿No es eso extraño? Miran de un lado para otro furtivamente, de manera sospechosa... como si esperaran algo. Oiga, bueno, he pensado... ¿no serán atracadores? Mi chica es muy impresionable, y si esos tíos...

—No se preocupe y vuelva con su chica —le cortó el otro con tranquilizadora dureza—. Yo me encargo del asunto.

Cruzó una seña con su colega, el otro encargado de mantener el orden en la sala, y ambos, serpenteando entre mesas, parejas, camareros y demás gente, se encaminaron hacia los de la gabardina.

Llegaron frente a ellos al mismo tiempo. Sin cruzarse mutuas preguntas, y lejos de suponer que eran víctimas de una celada, se dispusieron a actuar.

Los de la metralleta oculta, al verles venir, soltaron las cortinas.

—¿No habéis visto el guardarropía que hay en la entrada y la estupenda rubia que lo atiende? —preguntó con soma uno de los vigilantes, separando las piernas—. Pero... ¿buscáis algo? ¿Qué se os ha perdido detrás de las cortinas?

—¡Tú vas a perder la cabeza como muevas una pestaña! —dijo a su espalda la voz de Genovese, aplastándole el cañón de su automática en la nuca.

Llegó Rico, repitiendo la operación con el otro.

—Mickey —dijo Pennochio—, adentro con ellos.

Trop y Calston se hicieron a un lado. Este último, mirando al vigilante que les había interpelado y devolviéndole la ironía, exclamó:

—¡Pasen, pasen los señores!

Mostraron entonces su «artillería».

—¿Por dónde se va a la cocina? —preguntó Pennochio.

Se miraron ambos con incredulidad. Sin acabar de comprender lo que había sucedido ni a qué obedecía.

Mickey les sacudió con la culata en el estómago.

—Os han hecho una pregunta —dijo, enseñando los dientes—. ¿Estáis sordos?

—Por esa escalera... hacia abajo.

La escalera se iniciaba al pie del breve pasillo. Por uno de sus

extremos ascendía al piso de encima, por el otro bajaba a los sótanos.

En la cocina había dos hombres y cuatro mujeres. Cada cual pendiente de su labor.

—¡Quietos todos!

Rostros estupefactos. Inaudita sorpresa reflejada en ellos. Inmóviles todos, pendientes del oscuro cañón de las pistolas y metralletas.

—Nada va a pasarles, señores. Si se portan bien, desde luego —anunció la voz de Rico—. Para los disconformes, tengo una caja de pino. ¿La quiere alguno de ustedes?

Silencio. Ojos de temor. Manos temblorosas.

—Bien... pónganse de cara a la pared con las manos en la nunca.

Como autómatas, perdida la voluntad y atendiendo únicamente al animal instinto de conservación, obedecieron con presteza.

A la hilera, se sumaron los dos vigilantes.

Fueron sólidamente atados y amordazados. Con efectiva rapidez.

Luego, los desconcertantes intrusos regresaron a la sala.

Uno a uno, los camareros fueron requeridos por Rico y enviados hacia el lugar de las cortinas. Después de franquearlas, ninguno regresaba.

Finalmente, el que quedaba en la barra y la estupenda rubia del guardarropía, fueron del mismo modo retirados de la circulación.

De esta forma, en un espacio de tiempo inferior a la media hora, lo que al principio pudiera parecer inverosímil se había conseguido.

El temor a las balas convertía en sencillo lo difícil.

Puede que la concurrencia empezara a notar algo extraño. La ausencia de camareros, las idas y venidas de algún individuo, pero nada suficiente para imaginar lo que en verdad había sucedido.

Entonces, Rico Pennochio, enfundado en un *smoking*, se plantó en el centro de la pista de baile, anunciando con voz clara y tranquila.

—¡Señoras, caballeros! Siento tener que anunciarles que, por circunstancias ajenas a nuestra voluntad se ha suspendido el espectáculo. Y les ruego, por ser totalmente necesario, que tengan la amabilidad de abandonar el local. Mañana, como de costumbre, abriremos nuestras puertas y les ofreceremos una satisfacción

detallada a esta inopinada contrariedad. ¡Buenas noches!

Un murmullo de sorpresa coreó las palabras del *speaker*. Hubo mal humor en alguno de los comentarios que se hicieron, duda en otros, pero, al fin, la gente, fue desalojando la sala.

Como la extrañeza imperaba en todos, nadie se sorprendió de que un hombre de rostro poco agradable les devolviera las prendas que una rubia esplendorosa les había recogido.

¿Qué fin tenía todo aquello?

Las metralletas, enfilando el bar primero, las mesas y sillas después; los espejos y cristales luego; las luces y lámparas por último, dieron cumplida respuesta.

El tableteo repartió sus ecos de un extremo a otro, del vacío local. Las balas silbaron una y otra vez en su ardiente trayectoria haciendo impacto en todos los rincones.

Durante más de un minuto, Frankie y Mickey no hicieron otra cosa que reponer «peines» y tirar del gatillo.

Con locura. Con frenesí. Con un brillo de locura destructora reflejado en su rostro, en sus ojos antes inexpresivos, en su boca torcida que se llenaba de saliva por las comisuras de los labios.

Cuando sonaron las voces, cuando se oyeron las carreras por la escalera, en el momento que el atildado Vito Profaci y sus gatilleros atravesaron en tromba las cortinas casi arrancándolas de cuajo, el tiroteo había cesado.

Y ese silencio denso, espeso y agobiante, que abre y cierra las puertas del escándalo, de las orgías, la destrucción y el griterío, se cernía ya como una losa de mármol sobre las destrozadas paredes del Pájaro Azul.

Espectáculo insólito, inesperado, el ofrecido aquella noche.

Actuación especial, Carlo Genovese y sus metralletas *cuban-boys*.

Profaci, como despertando de una pesadilla horrible, dibujada en su rostro una mueca de imbecilidad, de atontamiento, giró en redondo buscando lo que ni él sabía.

Nada habían dejado ileso. Ni una silla en pie. Ni una botella del bar incólume. Ni una luz en condiciones de encenderse.

Pero la oscuridad no lo era tanto como para impedir a Profaci percatarse de la magnitud del desastre, y a Moretti, Mario y Nino, comprender que debían levantar las manos porque tras ellos estaban los nerviosos de la metralleta.

Vito, ajeno a sí mismo, perdido en un mar algo parecido a la locura, dio vueltas, vueltas, con las manos alzadas al techo, y no porque se hubiera percatado de que los causantes de aquel espectáculo tan salvaje como incomprensible para él en aquel momento, se hallaban a su espalda apuntándole con sus armas.

De repente, el abatimiento y letargo que dominaban su cuerpo, desaparecieron. Pasó la laxitud a excitación en fracciones de segundo.

Algo muy comprensible. Muy humano aunque él no lo fuera demasiado.

—¡Malditos! ¡Os mataré a todos! —gritó febrilmente, escupiendo las palabras con roncós gruñidos que pugnaban por saltar a la misma vez de su garganta—. ¡Destruiré la ciudad! ¡La arrasaré... cerdos, bastardos, canallas!

Se cortó la voz. Y pareció gemir ahora, cuando añadió:

—¿Por qué...? ¿Por qué me habéis hecho esto? ¿Quiénes habéis sido... por qué, por qué?

Sus preguntas tuvieron una sola respuesta en labios de Carlo Genovese.

—Porque voy a hundirte de una vez para siempre.

Giró en redondo. Buscó en la penumbra, miró de un lado a otro. Hasta que sus ojos desorbitados tropezaron con el que fuera «supervisor internacional» de la Mafia.

Alzó una mano, centelleante. Camino de la sobaquera.

Intervino Rico entonces.

—No lo hagas, Profaci. Completa el movimiento y te «coso».

Inmovilizóse. Sin apartar su mirada de Genovese.

—Tú... —tartamudeó—. Tú... ¿has hecho esto?

—¿Qué esperabas? ¿Flores y una caja de bombones? —soltó una breve y seca risita—. Veinte hombres se pudren en presidio por tu traición, Vito; otro se consume en un hospital porque tus «chicos» lo dejaron medio muerto; Caliguri y Capezio ven crecer malvas sobre la tierra que cubre sus cadáveres; has envenenado a media docena de «adictos» con tu puerco elixir que te llena las manos de billetes... ¿qué esperabas que hiciera al salir? ¿Felicitarte por todo?

Vito Profaci seguía mirándole como hipnotizado.

—Además, ¿no te habías enterado de mi fuga? ¿No nos preparabas una «fiesta» a Pennochio y a mí? —prosiguió Genovese

con pausadas palabras, tomándose en ellas la cumplida venganza que tanto anhelara—. Eres un imbécil, Profaci, un chapucero aprendiz, una ruina asquerosa y podrida... ¿Tú, el jefe? ¿Tú pretendías controlar una organización como la nuestra... sustituir a Anastasia?

Y en el silencio que precedió a la respuesta de Profaci, una sombra se deslizó con siniestros ademanes pegada a la pared de entrada.

—Nunca, ¿lo oyes bien, Genovese?, he sido el jefe —recitó despacio como si en la frase se perdieran sus últimas energías—. ¡Tú eres el imbécil! Tú, que has mordido el anzuelo, como ese sucio federal que se hace llamar Pennochio... ¿por qué crees que te ayudó a fugarte? ¿Por qué piensas que todo fue tan fácil?

Nuevo silencio. Y la mirada de Carlo, atónito, aturdido también, buscando la figura de Rico.

Habló éste:

—No le sigas el juego, Genovese. Eso es un ardid burdo para sembrar la confusión entre nosotros. ¡Pregúntale quién es el jefe! ¿No te das cuenta de que con la mentira trata de distraer nuestra atención?

Dudó Carlo. Frankie y Mickey, intrigados, no dejaron por eso de recordar su peligrosa presencia a los italianos, con el contacto de sus armas contra la espalda de aquéllos.

La duda persistía. Algo inesperado y difícil de creer.

Rico había cobrado una muy alta cotización a ojos de Genovese para que las palabras de quien recurría a cualquier añagaza para salvarse causaran mella en su ánimo.

Por eso preguntó:

—¿Quién es el jefe, Vito? Quiero su nombre.

Entretanto, la sombra habíase acercado a los componentes de la singular escena.

Profaci entreabrió los labios.

Como un tapón al escapar del gollete, con igual sonido a las botellas descorchadas cuando el Pájaro Azul resplandecía bajo sus luces polícromas, sonó el disparo ahogado por el silenciador.

Y el siguiente. Y un tercero.

Como un metro hacia delante proyectaron las balas a Vito. Luego se detuvo en seco, soltó una bocanada de sangre, dos, hasta

tres, tambaleóse unos segundos y terminó en el suelo.

Auténtica noche de sorpresas para todos.

Rico reaccionó el primero. Gritando:

—¡Frankie, Mickey, la puerta...!

Y se lanzó también hacia ella.

Moretti y sus acólitos, inesperadamente abandonados, no dudaron un segundo en lo que debían hacer. Echaron mano a sus pistolas.

Y de nuevo, las metralletas entonaron su ópera sangrienta. Escupiendo un alud de candentes plomos sobre la puerta.

Las automáticas, empuñadas por Moretti, Trapelli y Fachetti, respondieron a su espalda.

Hubo gritos. Obscenas maldiciones. Quejidos de dolor. Y locura, verdadera locura.

Caos de confusión. Hecatombe presidida por la muerte y decidida por el brillo de cada fogonazo. Por el ominoso silbido de cada bala al hender en el aire, al buscar, rabiosa, en la oscuridad, su fatal destino.

Se disparaba a ciegas. Sin saber a quién.

Rico, corriendo temerario en medio de la espeluznante trayectoria de fuego, alcanzó la puerta.

Moretti corrió tras él, intentando disparar sobre su espalda.

Pero el rafagazo de Frankie llegó más rápido que el dedo de Tony al gatillo, y éste, notando en su carne los cálidos agujonazos del plomo, renunciando a la idea de aquella muerte incomprensible, sin razón de ser, giró con el pecho ensangrentado disparando contra Calston.

Frankie se contorsionó, soltando antes de morir un último rafagazo. Y Tony, al encajarlo de lleno, se rindió a la idea incomprensible.

Con razón de ser, moría como un asesino.

Trapelli y Fachetti, renunciaron a la idea de irse adelante. Retrocedieron hacia las cortinas en busca de la escalera.

Mickey los distinguió entonces con suficiente nitidez. Y cuando ya alcanzaban su objetivo, los roció con una lluvia de proyectiles que, uno tras otro, impactaron en el cuerpo de los italianos.

Nino Trapelli prorrumpió en un alarido de fiera herida. Mortalmente herida.

Pero Fachetti, con la espalda destrozada a balazos, aunó sus agónicas energías para revolverse.

Su alarido cobró sonido en plomo. El suficiente para que Mickey soltara la metralleta, alzara los brazos, los hiciera girar cual si fueran aspas de un molino, y acabara por revolcarse encima de un charco de sangre.

Fue en aquel instante cuando aulló a lo lejos, en la calle, la sirena de un patrullero policíaco.

Richard Maine, que no tenía más obsesión que hallar al misterioso asesino de Profaci que, evidentemente, había eludido los intentos de Trop y Calston por detenerlo, se detuvo en seco cerca del pasillo exterior al escuchar la sirena.

Volvió sobre sus pasos, asomó al interior de la oscura sala ya en completo y significativo silencio, gritando sin mucha convicción:

—¡Carlo! ¡Frankie!... ¡Mickey!...

Nadie respondió a su llamada. Y no podía perder el tiempo en averiguaciones, porque el aullido se iba acercando por segundos.

Abandonó velozmente aquel coliseo de sangre y cadáveres, de orgía y pasiones poco antes, que se llamaba Pájaro Azul.

La idea de escarmentar, de asustar a Profaci para obligarle a cometer un error en su negocio de la Morgue y los cadáveres, no había sido mala.

Pero los resultados funestos.

Ahora, al volante del «Nash», regresaba él solo.

Y ante él, ahora, volvía a dibujarse el espectro del fracaso.

CAPÍTULO VIII

Eran blancas las paredes y blanco el mosaico. Del techo colgaban delgadas láminas de acero, blancas también, sobre las que se había escrito indistintamente en caracteres negros: «No fumar». «Silencio».

Y era este último quien se extendía por los desiertos pasillos del Bellevue Hospital.

Los pacientes dormían en su mayor parte. Y los que por su dolencia no podían conciliar el sueño con facilidad, pensaban. O se desesperaban.

Pero todo en silencio. Quizá, en algún momento, unos labios exhalaban un suspiro de dolor, o de agonía. Pero débiles, apenas perceptibles.

En medio de aquel oasis de quietud, un hombre avanzaba sobre la puntera de sus zapatos pegado a la pared del pasillo de la planta baja.

Observando el letrero fijado en cada una de las puertas. Ajeno a que unos ojos escrutaban su maniobra, y a que una sombra seguía sus pasos.

«Médico de servicio. Urgencias»

Eso se leía en la puerta junto a la que el hombre se había detenido.

Asió el tirador accionándolo lentamente. Luego empujó hacia adelante. Se coló en la estancia con el mayor sigilo.

Frente a una mesa metálica había un individuo de mediana edad enfundado en una bata de impoluto blanco.

Fumaba sin cesar, al menos eso podía deducirse por el cenicero repleto de colillas, mientras repasaba con atención el grupo de gráficos de temperatura que tenía bajo sus ojos.

Tan ensimismado hallábase en su tarea, que no se apercibió de que ya no estaba solo.

El subrepticio visitante se lo hizo saber.

—Buenas noches, doctor.

Levantó la cabeza sin apenas mirar al que se presentaba. La enfermera de guardia, sin duda.

—¿Qué ocurre aho...? —la pregunta murió en sus labios al reparar en que la habitual hipodérmica había sido sustituida por una pistola. Tartamudeó—: ¿Es... un robo?

No era la enfermera de guardia, desde luego. Nunca había habido ninguna como «aquélla» en el Bellevue.

Con aquel traje. Con aquella cara. Con la pistola.

—Puede ser un asesinato si no colabora.

Los gráficos se fueron al suelo.

—¿Qué quiere... de mí?

—Su bata, doctor.

El que hacía tan rara petición, de espaldas a la puerta que dejara entreabierta, no se enteró de que los había tan sigilosos como él.

Fue en el último segundo, cuando leyó en los ojos del médico que algo se cernía en torno a él.

Quiso volverse. Pero el culatazo lo desplomó en tierra sin tiempo para abrir los labios.

—¡Uf! —suspiró el médico—. ¡Qué oportuno ha llegado usted!

—¿De veras, doctor? —siniestro el tono. Y glacial al añadir—: Oportuno para matarle.

Y vio la otra pistola. Pero distinta. Con un tubo largo enroscado en el cañón.

Sabía lo que era aquello. Un silenciador. Un sistema de matar sin hacer demasiado ruido. Sin estruendo.

—Pero... —tenía los ojos muy abiertos las manos retorcidas y temblorosa la voz—, ¿se ha vuelto loco?

—Desde hace mucho tiempo. Estoy loco, doctor, loco... loco, ¡¡¡LOCO!!!

Sonaron dos taponazos. Y un tercero.

Como los que dejaron sin vida a Vito Profaci.

El médico, con aquella expresión atónita, con aquel rictus de incompreensión, se volcó sobre la mesa con la frente agujereada.

Muerto al instante.

El hombre se movió con rapidez. Puso la pistola en manos del que había sorprendido, procurando que sus huellas quedaran bien impresas, luego se guardó la de él, y rápidamente, antes de que el chorro de sangre que manaba por la frente manchara la bata, se precipitó hacia el médico, despojándole de ella.

Del interior de su chaqueta sacó una peluca de entrecanos cabellos, y una tira adhesiva de igual color que se colocó en el labio superior.

Bigote y peluca, junto a unas gafas de negra montura, desfiguraban por entero su fisonomía.

Salió, ciñéndose la bata, y cerrando la puerta tras él.

Subió con tranquilidad a la segunda planta. Caminó hasta la puerta doce. En la que montaba guardia un «cop» de rostro somnoliento.

—Soy el doctor Garden —le dijo al agente—. Vengo a administrarle un sedante al enfermo. Hoy ha tenido mucha temperatura y de seguro que...

—Bien, bien, doctor —el policía tuvo bastante con la bata blanca y el grave aspecto profesional. No se esfuerce que no entiendo de esas cosas.

Lo vio entrar.

El paciente no estaba dormido. Por en medio de los vendajes surgían unos ojos muy abiertos.

Ojos que Albert Scalisi dilató, al reconocer al hombre que se despojaba de las gafas, la peluca y el bigote.

Se acercó hasta la cama.

—Vengo a matarte, Albert —le susurró con criminal, sonrisa—. Tú me viste una vez en compañía de Vito...; puedes recordar, ayudar a otros a que comprendan... ¿entiendes? Todos han muerto, ahora tú, ¡TÚ!

Cerró sus manos velozmente en torno a la garganta del Albert. Oprimiendo, oprimiendo... oprimiendo sádicamente.

Apenas encontró resistencia. La inmovilidad de los vendajes sobre el cuerpo de Scalisi, brazos, piernas, todo él en sí, facilitaron la asesina labor.

Ya saltaban los ojos de las cuencas. Ya estaba muerto.

La «omertá» una vez más. Sólo los muertos no hablan. Ninguno de los que podían delatarle tenía vida para hacerlo.

—Sólo queda uno —murmuró el falso doctor Garden con diabólica sonrisa, mientras recomponía su aspecto—. Ese maldito federal... también lo mataré... Nada sabe, pero también lo mataré.

Salíó de la habitación. Tranquilo. Sin nervios, sin un pestañeo, con la sangre fría que le proporcionaban sus retorcidos instintos.

—Buenas noches, agente. Ahora... es seguro que dormirá toda la noche.

No captó el policía la entonación, el significado siniestro de aquella frase.

—De todas formas —siguió el fingido Garden—, dele un vistazo dentro de diez minutos.

—Esté tranquilo doctor, lo haré.

Y cuando el médico hubo desaparecido al otro extremo del pasillo, sacó una novela y se puso a leer.

Richard Maine abandonó el «Nash» en una calleja mal iluminada del Bronx. Era obvio que Calston lo había robado.

Consumió la distancia que le separaba de la farmacia andando.

Más que andando, moviendo los pies como un autómata, y pensando.

En todo lo ocurrido. En sus malogrados propósitos. En su estupidez... en su poca experiencia.

Había un «jefe», un cerebro oculto. Profaci no había sido más que el hombre de paja. El muñeco sin cabeza manejado por la inteligencia de quien ocultaba su rostro en las sombras.

Vito Profaci estaba muerto. Genovese, era probable que hubiese corrido la misma suerte. Y los demás, también.

Un plan estupendo. Su papel de Rico Pennochio, la fuga con Genovese, todo a pedir boca. Como lo pensara un experto llamado Charlie Adams.

Y su llegada a Nueva York, ¿había esperado entrar en contacto con la organización de Profaci tan efectiva y rápidamente?

No. Lo había conseguido gracias a la facilidad de Genovese para desenvolverse en un mundo que le era familiar.

¿Qué sabía él del hampa, de sus gentes, de hombres como Francesco?

¿Qué sabía ahora de su misión? ¿Cómo se desenvolvería? ¿De qué medios se valdría para terminar con éxito el asunto que Foster abandonó en las garras de la muerte?

Donald Foster. Al menos, se había servido de sí mismo. Había llegado hasta Profaci por su propia habilidad. Por su experiencia para desenvolverse entre asesinos, traficantes y mujerzuelas.

Detuvo en seco sus pasos y reflexiones. Con los ojos fijos en la punta de los zapatos.

Le quedaba una pista. Una sola.

La Morgue. Centro de operaciones de Vito Profaci.

Empezó a pensar en ello una y otra vez. Dando vueltas y más vueltas a las ideas que, aceptaba en principio como buenas, y terminaba rechazando por absurdas.

Así tropezó con la puerta de la farmacia.

La luz de la trastienda estaba encendida. Y Sandra, con su vestido negro, levantada.

Hablando con el hombre que paseaba de un lado a otro como una fiera enjaulada.

—¡Ah! —exclamó furioso al verle entrar—. Por fin llega.

Parpadeó. Miró la estirada silueta del teniente Hobson.

—¿Qué sucede, teniente?

Soltó una risa breve. Seca.

—¡Vaya! ¿Me lo pregunta a mí? —siguió paseando con las manos en la espalda. Se volvió en rápido giro hacia Maine. Le dijo —: No me importa cuál sea su misión, ni me interesa cómo la desarrolle... pero sí me interesa, ¿oye, bien? ¡Me interesa y mucho!, que me siembren la ciudad de cadáveres sin causa ni motivo. Usted es agente federal, Richard Maine. ¿Se ha creído James Bond? Sólo en las películas dan licencia para matar. ¿Qué ha ocurrido en el Pájaro Azul?

—¿Y me lo pregunta a mí? —plagió con amarga ironía.

Hobson agitó sus extremidades superiores en desesperado ademán.

—Dígame una cosa, Maine —habló, arrastrando las palabras—. ¿Tengo cara de idiota, de estúpido, de imbécil, acaso? ¿Va a negarme, si no tengo cara de todo eso, que usted y Genovese han arrasado hace menos de una hora Pájaro Azul, que han dejado allí cinco muertos?

El agente del F.B.I., se encogió de hombros.

—¿Sabe usted, teniente Hobson, que no está facultado para interrogarme?

Aquello no lo esperaba. Pero era verdad.

—¡De acuerdo! —se mordió los labios con rabia—. Mañana mismo informaré a Washington de todo ello —con dos zancadas se plantó en la puerta—. ¡Que descanse, señor agente!

En aquel mismo instante apareció un policía uniformado.

—¡Teniente! —gritó—. ¡Han estrangulado a Scalisi... en el hospital! Acaban de comunicármelo por radio. Y parece ser que han sorprendido a un tipo huyendo... Chalton ha tenido que disparar sobre él...

—¡Vamos para allá! —rugió Hobson—. Por el camino me lo cuentas.

Sandra, hasta entonces silenciosa, se acercó a Maine. Éste, dejóse caer sobre el catre con muestras de profundo abatimiento.

—¿Qué ha sucedido... Richard? —era la primera vez que le llamaba por su nombre—. El teniente llegó minutos antes que usted hecho una verdadera furia, preguntando si sabía a qué hora se había marchado, si sabía dónde había ido, y otras cosas extrañas que no he comprendido.

Maine la miró en silencio. Observó su dulce expresión, angelical diríase. Lo único bueno, lo verdaderamente hermoso que había conocido desde que se iniciara el caso —su primera misión—, tenía nombre de mujer. Sandra Capezio.

Se mesó los pelirrojos cabellos. Rebeldes, alborotados como siempre.

—Nada, Sandra, no ha ocurrido nada.

Se sentó a su lado.

—Sus ojos desmienten la frase —dijo tenuemente.

Fue un arranque infantil. Nacido de un extraño instinto. De una pasión sentida en un lugar ignoto.

Difícil de explicar y comprender.

Pero la aferró entre sus brazos. Buscó su boca ansiosamente cerrándola en largo y apasionado beso.

Una alegría viva, instintiva, casi animal, brotó de todo su ser al darse cuenta de que ella nada hacía por desasirse al abrazo.

Correspondía a la caricia, le besaba también.

Fueron instantes de supremo éxtasis que apartaron a Richard Maine del mundo. De sus preocupaciones. De su misión. De todo lo que no fuera ella.

Sólo instantes. Luego, la realidad deshizo el abrazo, el encanto.

—¿Qué ha sucedido, Richard? —repitió la voz de Sandra—. ¿Tampoco vas a decírmelo ahora?

El tuteo, la insinuación, la ofrenda de su ayuda. Débil pero tan fuerte a la vez.

Maine habló. Buscando en sus palabras y en Sandra la sensación de desahogo que necesitaba.

Al terminar experimentó un ligero alivio.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Sólo una pista existe ya, Sandra. La Morgue.

Pero lo dijo como quien reza en su propio funeral.

CAPÍTULO IX

Richard Maine se enteró de la noticia al día siguiente. Al leer los periódicos.

Vino entonces a su memoria un detalle que la noche anterior, su nerviosismo y abatimiento le habían hecho pasar inadvertido.

Al despedirse Hobson, agria despedida la suya, llegó un agente. Dijo algo acerca de un hombre estrangulado en el Bellevue.

Eso lo recordaba Maine con el periódico bajo los ojos. La noticia era en él mucho más extensa.

Dos asesinatos y un hombre muerto a tiros por la policía.

Leyó la extensa glosa con atención. Scalisi y el doctor Garden. Y un hombre sorprendido al huir del despacho de éste por el agente que montaba guardia.

No lo habían identificado. Pero publicaban su fotografía.

La fotografía de Carlo Genovese.

Sin darse cuenta abrió las manos. El periódico cayó en tierra. Y Maine permaneció inmóvil, tratando de comprender lo incomprensible.

¿Por qué...? ¿Por qué había estrangulado Genovese a su amigo? Al hombre que le informara durante su estancia en presidio de los movimientos de Profaci.

No. No tenía razón de ser. Era ilógico.

Se sentó en la cama, ocultando la cara entre las manos, mesándose los cabellos.

Las fue apartando lentamente a la vez que alzaba el rostro. Repasando los hechos, repasando...

La policía no había establecido aún la identidad de Genovese.

Correcto. Carlo habíase fugado de la penitenciaría tres días atrás. La noticia de su fuga todavía no estaba cursada oficialmente a

todos los puntos de la nación, sin embargo...

Como un timbrado de alarma. Como una descarga de muchos voltios. Como una luz cegadora que brillaba en el interior de su cerebro.

¡La pieza que no encajaba! ¡La frase! ¡La palabra!

¿Así de claro? ¿Así de diáfano? ¿Así de sencillo?

Por unos instantes se negó a dar crédito a sus propios pensamientos. Imposible dar cabida a tamaño absurdo.

Inverosímil idea.

Pero... ¿había otra que uniera con mayor exactitud las piezas del rompecabezas? ¿Existía una de más lógica que recompusiera de una forma tan precisa, tan contundente, el argumento de aquella obra criminal?

No la había, desde luego. Pero si estaba equivocado, si cometía un nuevo error ahora, aquél sería su primer y último caso.

Su primer y último fracaso.

Quiso asegurarse de una cosa. Para ello, fue en busca de Sandra, la tomó suavemente por los hombros y le hizo una pregunta.

La mujer dudó unos segundos, confusa más que nada por la excitación del joven agente. Luego respondió.

—Bien, Sandra —habló Maine seguidamente—. Me marchó... no sé cuánto tardaré en regresar, pero si alguien pregunta por mí, sea quien sea, no sabes absolutamente nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Richard —contestó la muchacha. Y vibrando una nota de ansiedad en sus palabras, inquirió—: Pero... ¿tampoco yo puedo saberlo?

Se lo dijo.

—Ten mucho cuidado... Richard.

—Seguro, muñeca, lo tendré.

Cuando Maine abrió la puerta sonó el teléfono. Volvió rápidamente sobre sus pasos cuando ya Sandra salía a llamarle.

—Es para ti, creo que de la capital.

—Ya imagino —sonrió Richard—. Ese cerdo de Hobson ha cumplido su amenaza.

Alcanzó el auricular escuchando al otro extremo la voz grave del «segundo».

—¡Maine! No recuerda mi advertencia de que debía enviarme noticias, ¿verdad? Y las he de recibir por otro conducto y muy poco

halagüeñas. ¿Se ha vuelto loco? ¿Adónde quiere ir a parar con su inconsciencia?

Richard aguantó estoico el chaparrón.

—Señor —dijo aprovechando un respiro de Adams—, créame que no dispongo de un segundo que perder. Pero voy a prometerle una cosa: mañana por la tarde estaré ahí.

—¡Maine! ¿He oído bien? ¿Dice usted que estará aquí? ¿En mi despacho?

La mezcla de suspiro y ronquido que exhaló Charlie Adams atravesó el hilo telefónico con claridad para morir con perfecta nitidez auditiva en la oreja del agente.

—Ha oído perfectamente. Mañana estoy ahí con el asunto resuelto.

—¡Maine! ¿De veras no se ha vuelto loco?

—¡Hasta mañana, señor!

Y colgó.

Allá en su oficina de Washington, Charlie Adams, permanecería muchas horas preguntándose acerca del equilibrio mental de su subordinado.

Éste, entretanto, había abandonado la farmacia que perteneciera a Pietro Capezio.

Más de dos horas tardó Maine en verificar el domicilio de Johnny Billings. Se alojaba en una casucha del Richmond, al sur de Manhattan y Nueva Jersey bajo el East River.

La encargada, una mujer obesa de faz chocolate, le explicó con su acento gangoso y la exasperante lentitud tan peculiar de la raza negra, que el señor Billings se había retirado a descansar muy tarde.

A las nueve de la mañana. Porque se había pasado la noche de guardia en el Bellevue Hospital.

Pero como Maine ya sabía eso, y por eso había acudido allí precisamente, le dio prisas a la mujer poco menos que a empujones.

Rezando entre dientes en una jerigonza incomprensible para Richard, le acompañó al deslucido apartamento de Billings.

Y desde luego, el rostro que apareció por el otro lado de la puerta, le profesaba a Morfeo una ciega devoción.

—¡Oiga, amigo! —gruñó malhumorado—. ¿Por qué no se va al diablo?

—Yo ya se lo he dicho, sí señó.

Eso dijo la mujer antes de alejarse.

—Soy Richard Maine, del Federal Bureau of Investigation —habló el agente mostrando su placa.

Su colega de la Metropolitana no pareció impresionarse demasiado. Pero se hizo a un lado para permitirle el paso.

—¿Para qué me necesita? —inquirió ahogando un bostezo.

Maine dio un vistazo a la estancia. Aquella pieza servía de dormitorio, comedor y cocina.

Había una mesa, un fogón de petróleo, dos sillas, un armario desvencijado y una cama en parecido estado.

—Comprendo que está deseando que le deje dormir —anunció Richard—. Procuraré ser breve. Se trata de lo ocurrido esta madrugada en el hospital.

—Ya redacté mi informe.

—Lo sé. Pero deseo oírlo de sus labios. Puede tener relación con un asunto que estoy investigando.

No pareció muy convencido el otro. Pero sí lo estaba que cuanto más tardara en irse el federal, menos tiempo le quedaría de sueño.

Con rapidez, pero sin omitir detalles, relató los hechos.

—¿Había visto con anterioridad al doctor Garden? —indagó Richard al concluir la explicación.

—Nunca. Era mi primer servicio en el Bellevue.

—Usted entró al cabo de diez minutos como le había dicho Garden, encontró a Scalisi muerto y decidió bajar a comunicarlo. Entonces vio al tipo que salía huyendo del despacho del doctor, le dio el alto, él disparó y usted hizo lo propio.

—Eso he dicho.

—¿Examinó al tipo?

—Lo hice.

—¿No encontró en él nada anormal? ¿Algún detalle que le resultara extraño?

Johnny Billings permaneció unos instantes reflexivo.

—¿Un detalle...? —murmuró tras el silencio—. Pues... ¿oiga? Sí, sí, creo que hubo algo. Pero no le di demasiada importancia. Esa clase de individuos siempre andan metidos en jaleos: peleas, tiroteos... usted ya sabe.

Con los ojos brillantes y una expresión de interés reflejada en el rostro, Richard inquirió:

—¿Qué fue lo que en aquel momento no le pareció importante?

—Verá... —parecía tener dudas—. En la nuca. Tenía... ¿cómo se lo explicaré para que me entienda? El pelo...

—Un puñado de cabellos más adheridos a la nuca que el resto del pelo, ¿no es así? —le interrumpió Maine—. Pegados con una sustancia viscosa como si fuera sangre, ¿es eso?

—¡Pero! —exclamó asombrado—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque lo suponía. Ese hombre fue al hospital para hablar, solamente hablar, con Scalisi. En el momento que trataba de inmovilizar al doctor para obtener su bata y circular libremente por el hospital, fue sorprendido por otra persona que lo dejó sin sentido de un culatazo. La persona que mató a Carden, se puso entonces su bata, arregló su fisonomía con cualquier detalle postizo y subió a estrangular a Scalisi. O sea, el doctor Garden a quien usted permitió el paso.

—¡Es increíble!

—Pero cierto, Billings —y añadió esperanzado—. ¿Quiere usted ayudarme?

—¿Yo...?, ¿a qué?

—A desenmascarar al verdadero asesino.

Y acto seguido, sin ambages ni rodeos, le explicó lo que debía hacer.

—¡Eso es imposible! —casi gritó el policía—. Por más agente federal que usted sea no puedo acceder a lo que me pide. ¿Quiere que nos pasemos media vida entre rejas?

Richard Maine se encaminó hacia la puerta.

—Bien. Lo haré sólo puesto que misión mía es. De todas formas le agradezco su información.

—¡Eh, espere! —le detuvo Billings—. Creo que yo también empiezo a volverme loco. ¿Está seguro de lo que me ha dicho?

—Completamente.

—De acuerdo —suspiró el otro—. ¡Está visto que hoy no es mi día! —sonrió al añadir—: Hasta mis «acérrimos amigos» los federales me caen simpáticos, y dejo que uno de ellos me involucre en la estupidez más grande que llevo escuchada en veintinueve años de existencia.

El tal Johnny era un tipo simpático. Sin lugar a dudas. Maine, con brillante sonrisa, renunció a marcharse.

—No se arrepentirá.

—Mientras tengas un amigo que nos traiga tabaco... —se burló Billings en un tuteo de camaradería—, lo tienes, ¿no?

—Más de uno.

—Correcto pues. ¿Qué vamos a hacer?

—Será esta noche. En la Morgue a las...

Richard Maine consultó su reloj. Eran más de las once.

Le hizo una seña a Billings, susurró unas palabras a su oído cuando se le acercó y echaron luego por distinto lado.

El federal rodeó el pequeño jardín hasta situarse en la parte trasera del edificio. Echó un vistazo a la puerta. Precisamente por ella entraban los cadáveres y salían luego camino del cementerio.

Estaba cerrada pero no con llave. Contaba esa posibilidad, pero de lo contrario, poco le hubiese costado forzarla.

Tras ella nacía un pasillo. Largo, estrecho, silencioso, oscuro y lúgubre. Como debían ser los pasillos de la Morgue.

Al menos, como él los había imaginado. Bien estaba, que por una vez, imaginación y realidad coincidieran.

Avanzó rápidamente. Sin extremar las precauciones ni tampoco abandonarlas.

De haber estado una sola vez allí, o haber dispuesto de un plano del edificio, le hubiera resultado sencillo orientarse. Pero como no había podido hacerse con este último ni disponer de una explicación que le permitiera entrar en la Morgue con anterioridad, hubo de guiarse por intuición.

Aun así, tuvo escasas dificultades para encontrar las escaleras que conducían a los sótanos.

Pero, ya en ellos, surgió un imprevisto. Algo que no había pensado pero que, a fin de cuentas, resultaba lo mismo.

Existía un subsótano.

Porque al asomar a la última puerta del frontispicio se encontró frente a una escalera de caracol, con baranda metálica y peldaños de crujiente madera.

El descenso fue penoso, ya que cada pisada significaba un gemido.

Al llegar al final soltó un suspiro de alivio.

Otra puerta aparecía en el reducido semicírculo que formaba la especie de rellano.

Cerrada ésta. Aplicó palanqueta y ganzúa con rápido éxito.

La oscuridad en el interior era poco menos que impenetrable. Tras unos segundos de vacilación encendió su portátil.

El haz luminoso viajó de un punto a otro. Era una nave extensa y más altas sus paredes de lo que su situación hacía prever.

Camillas viejas y oxidadas. Instrumental en desuso amontonado de manera poco ordenada. Alguna mesa de piedra abierta por la mitad.

Y de lo que podía considerarse el centro de la nave, hasta el final, casi un millar de cajas de cartón unas sobre otras, apiladas éstas ordenadamente, que apenas abrían un estrecho pasillo para permitir con dificultad el paso de una persona.

¡Lo que buscaba! ¡Las cajas del maldito elixir que distribuía Profaci!

Ahora sí. Aquello era el fin. Pero... faltaba algo. Algo que no tardaría mucho en suceder.

Envío el círculo de luz por en medio del pasillo. Casi al final, en un recuadro sin cajas, se extendía una mesa de laboratorio de punta a punta de pared. Había también una especie de pequeño alambique. Y aparatos que tenían cierta similitud con las probetas empleadas en química y farmacia.

Apagó la linterna. Y coincidiendo con ello, una luz mucho más brillante y potente surgió del techo.

De las cuatro bombillas de fuerte filamento que colgaban de él.

—Buenas noches, agente Maine —saludó una voz, metálica—. Empezaba a impacientarme... incluso he desconfiado de su visita. Y no dirá que no he procurado allanarle el camino. Vía expedita hasta llegar aquí, ¿no le parece?

—No esperaba menos gentileza de un sicópata asesino —respondió el federal con entereza y serenidad—. Y si cree que su presencia me sorprende, permítame que le saque de su error. Cuando he pisado la Morgue, ya conocía la identidad del «jefe supremo» de la Mafia. Una Mafia muy particular, ¿no cree? ¿Quiere decirme ahora de qué le ha servido asesinar a Profaci, Scalisi, al inocente Carden... y dejar a Genovese como víctima propiciatoria?

El otro, el del traje oscuro y la pistola con silenciador, rió con metálico eco.

—Medidas de seguridad, agente Maine. Y si usted ha llegado

hasta aquí, es porque me ha parecido justo que un hombre sepa por qué lo matan. Que se lleve al infierno la satisfacción de haber culminado su labor... su caso. ¿Cuándo sospechó de mí? —y ante el silencio, agregó—: *Noblesse oblige*, que dicen los franceses, ¿o no es tan gentil como yo?

—Debí sospechar ayer —respondió Maine con desafiante sonrisa—. Pero ha sido esta mañana cuando he abierto los ojos. Al leer el periódico.

—¿Qué interesante, agente! —se burló el de la pistola con peligroso acento—. Pero siga, su charla es emocionante. Mientras habla... retrasa su muerte.

—La policía no ha establecido hasta el momento la identidad del presunto asesino de Albert Scalisi y el doctor Garden, ¿voy bien?

—Más que bien, perfecto.

—Pero usted, esta madrugada, cometió el error, teniente Howard Hobson: Nombrar a Carlo Genovese. Y hubo un testigo de sus palabras: Sandra Capezio. «¿Va a negarme, si no tengo cara de todo eso, que usted y Genovese han arrasado hace menos de una hora Pájaro Azul, que han dejado allí cinco muertos?». Ésta es la frase, teniente. ¿Cómo sabía que un hombre que oficialmente permanece en presidio tenía relación conmigo? Por sus contactos extraoficiales, ¿no? Por su condición de jefe de Profaci, ¿me equivoco? Y quiere decirme, ¿cómo sabía Profaci que yo era un agente del F.B.I.? Sólo un miembro como usted, militante a la vez de la ley y el crimen, podía estar enterado de tantas cosas.

—Magistrales deducciones, sutiles y propias de un agente federal. Aún novato como usted.

Richard Maine, para ganar tiempo y facilitar la acción de Billings, se disparó:

—Usted nos siguió al Pájaro Azul, presencié nuestra maniobra y se mantuvo a la expectativa. Intervino en el momento preciso de asesinar a Vito Profaci. Aprovechó mi desorientación en el instante que las cosas tomaron un derrotero que yo no esperaba. Mi intención no era la de matar, sólo quería sacar a Profaci de sus casillas y obligarle a que diera un paso en falso. Vio salir a Genovese y lo siguió hasta el Bellevue. Él sólo intentaba interrogar a Scalisi, averiguar si éste tenía alguna noticia del misterioso jefe... y por lo visto la tenía. En el hospital culminó usted su asesina obra.

Mató a Garden porque le había visto allí otras veces, ¿no? Luego marchó a la farmacia, tuvo la suerte de llegar minutos antes que yo y representó su comedia a las mil maravillas.

Hubo un silencio. Luego, con voz que exudaba sadismo, el teniente Hobson de la Brigada de Homicidios, inquirió:

—¿De qué le sirve haber llegado hasta mí, Maine? ¿Cree que en el otro «barrio» se van a impresionar de sus sagaces dotes? ¿Qué gana el F.B.I. si usted se lleva el secreto a la tumba?

Richard Maine no contestó. Otra persona lo hizo por él.

—¡Suelte esa pistola, teniente! —gritó Billings apareciendo en escena inesperadamente—. ¡Hágalo o disparo!

—¿Tú? —bramó Hobson—. ¿Tú...?, ¡maldito estúpido! ¡Toma, toma plomo, imbécil del demonio!

Sonaron dos disparos. Casi al unísono. Y siguiendo al estampido del primero, el segundo había sido silencioso, un nuevo proyectil retumbó en la nave.

Cuando Richard Maine consiguió sacar su pistola, Hobson se aprestaba de nuevo a oprimir el gatillo.

El único disparo que efectuó el federal fue preciso. Certero. Mortalmente certero.

La automática provista de silenciador escapó por entre los dedos de Hobson cuando éste se doblaba hacia adelante trágicamente.

Al desplomarse sobre el suelo ya estaba muerto.

Con su conciencia sangrienta. Con sus cajas del narcótico elixir. El escenario de sus nefastas operaciones, cual justa reciprocidad del veleidoso destino, recogía su cadáver.

El cadáver de un hombre que había vivido entre cadáveres.

—¿Estás herido? —preguntó Maine al policía.

—¡Ca...! —respondió éste—. No es más que un rasguño en el hombro.

Pero el rasguño sangraba.

—Lo que estoy —siguió Billings— es aturdido. Lo veo y me niego a comprender que es verdad. Muchacho... ¡eres un loco fantástico!

CAPÍTULO X

—¡Es usted un loco fantástico! —exclamó Charlie Adams, contemplando con abierta sonrisa al pelirrojo de las pecas.

Con su aspecto aniñado. Con sus ojos azules. Con su cabello enredado.

—La Mafia, por motivos oscuros, asesinó al padre de Hobson —siguió el agente, como si no oyera las manifestaciones del «segundo»—. El teniente odiaba a la organización más que cualquiera de nosotros. Pero franqueó toda clase de barreras con su odio exacerbado, sanguinario. Sacrificó víctimas inocentes para conseguir sus propósitos, y luego, hundido ya en el cieno, se dedicó a los estupefacientes. Única y exclusivamente porque la Mafia deseaba apartarlos de sus actividades.

—Al margen de lo que desgraciadamente fuera Howard Hobson, hay que reconocer que el sistema era ingenioso de veras —dijo el «segundo»—. Muy ingenioso, sí señor.

—Y por demás sencillo —corroboró Maine—.

Profaci & Company, pasaban la xantalina en los ataúdes, y dentro de la misma Morgue, en el laboratorio del subsótano, se elaboraba el elixir. Los farmacéuticos afectos a la red —lo eran por las buenas o por la violencia— no tenían más que leer el Daily Mirror para saber qué días se les asignaba de... «turno». Los adictos al opiáceo elixir, hacían lo propio para saber dónde adquirirlo.

—Su labor, Maine —habló Charlie Adams entre severo y bondadoso—, ha sido magistral. Perfecta en todo momento. Adaptándose a su papel en un escenario que le resultaba totalmente desconocido. Ello, entraña un mérito más importante del que pueda reconocérsele.

Lo que se calló el «segundo» fue que sus presentimientos se habían confirmado mejor de lo que él había esperado.

—No todo ha sido perfecto —dijo el agente con un aire de convicción en el que reconocía sus faltas.

—¿Eh...? ¡Záfese a esas ideas! No fue culpa suya. Y de veras que lamento lo que le dije ayer por teléfono. Las cosas no salen siempre a la medida de nuestros deseos ni acordes con nuestro pensamiento. Además, de todas formas, esos individuos hubiesen terminado en la «cámara».

—Pero de acuerdo con la ley.

Adams se incorporó, dio unos cortos paseos, terminó por encararse con el federal que se mantenía en silencio.

—¡Ah! —exclamó—, de lo que me ha dicho acerca de ese muchacho, el tal Billings, concedido. Podrá ingresar en Quántico.

—¡Gracias, señor! Yo se lo insinué a él... de veras que estará satisfecho. Más que eso, loco de alegría —cambió de expresión al agregar—: Hay algo más que quiero decirle —y observando el interrogante que el otro formaba con las cejas, añadió decidido—: Tuve una vez un amigo que era farmacéutico. Lo asesinaron. Me había dicho infinidad de veces que, caso de ocurrirle alguna desgracia, yo debería cuidar de su hija. Ya sabe, él está muerto, yo le hice la promesa...

Charlie Adams se puso muy serio. Luego soltó una carcajada.

—Y la hija del farmacéutico es joven, bonita, atractiva... hasta el punto de que el encargado de su tutela se ha enamorado de ella —todo eso lo dijo muy rápido. Como si hablara consigo mismo—. ¡Ya! ¿Y... cuánto tiempo necesita para asegurarse de que sus «cuidados» serán de por vida?

—¡Usted sí que es fantástico, señor! Bastará con quince días.

—Concedido también. Pero no me siga pidiendo...

Charlie Adams estaba solo en su oficina. Fue a la ventana, alzó la persiana y echó un vistazo a la calle.

Allá abajo, el pelirrojo de rostro pecoso, estrujaba entre sus brazos la delicada figura femenina.

Vestida de luto.

Ante el asombro de los viandantes. Unos miraban de reojo, otros abiertamente, el resto movía la cabeza un par de veces y seguía su camino.

Tras el abrazo, llegó un beso apasionado. De *Totalscope* y *Vistavisión*.

—Sandra... —apenas pudo articular él con la respiración entrecortada—, me han «ordenado» que te vigile toda la vida.

La muchacha sonrió con brillo ilusionado.

—¿Quién te ha enseñado a pedir así, a una mujer, en matrimonio?

—Entonces... ¿es que aceptas?

—Quiero que te cases conmigo, pelirrojo.

El beso fue ahora indescriptible.

Un muchacho que cruzaba por la calzada mirando hacia atrás, estuvo en un tris de ser atropellado.

Una vez más, el amor culminaba una historia nacida en la turbulencia.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epesa

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*

Notas

[1] Expresión que se emplea en el argot del hampa y que equivale a.
¿Qué delito has cometido? < <